

leído ante la
ACADEMIA MEXICANA DE CIENCIAS

para su recepción como
MIEMBRO CORRESPONDIENTE

de Don
MIGUEL ÁNGEL PUIG-SAMPER MULERO



IGNACIO BOLÍVAR URRUTIA
Patriarca de las Ciencias Naturales en España y
fundador de la revista *Ciencia en México*

CIUDAD DE MÉXICO
Facultad de Ciencias de la UNAM
2 de septiembre de 2016





DISCURSO

leído ante la

Academia Mexicana de Ciencias

el 2 de septiembre de 2016

en la

Facultad de Ciencias de la UNAM

para su recepción como miembro correspondiente
de Don

MIGUEL ÁNGEL PUIG-SAMPER MULERO

EDICIONES DOCES CALLES
ACADEMIA MEXICANA DE CIENCIAS
Ciudad de México
2016

DISCURSO

de Don

MIGUEL ÁNGEL PUIG-SAMPER MULERO

Ignacio Bolívar Urrutia

Patriarca de las Ciencias Naturales en España y
fundador de la revista *Ciencia* en México

*A la memoria de mi padre, con el que
aprendí a comprender el significado de las
palabras siempre apoyado en un mágico
diccionario, y a la de mi hermano Enrique, con
el que di mis primeros pasos y me enseñó a ver
la vida con una asombrosa curiosidad*

SR. PRESIDENTE, SRES. ACADÉMICOS, SRES. Y SRAS.:

En primer lugar quiero agradecerles su amabilidad en aceptarme como miembro correspondiente de esta importante corporación científica que representan, con el apoyo de colegas y amigos tan queridos como José Alfredo Uribe, Rosaura Ruiz, Clara Lida y Gerardo Sánchez. Es para mí un honor colaborar con una de las instituciones más prestigiosas de México, país con el que me siento muy unido anímicamente por mis amigos, al que admiro por la fuerza de su cultura y en el que desarrollaron su labor algunos científicos españoles de manera brillante, como el madrileño Andrés Manuel del Río, descubridor del vanadio, y más cerca de nosotros la pléyade de científicos exiliados encabezada por otro madrileño de estirpe vasco-navarra, Ignacio Bolívar Urrutia. A él quiero dedicar este discurso por su papel en el desarrollo de la ciencia española y en agradecimiento a México por su solidaridad con los científicos españoles en un momento terrible de nuestra historia.

La primera impresión, casi cinematográfica, al comenzar la búsqueda de documentos sobre nuestro naturalista, fue topar con las fichas de inmigración realizadas a su llegada a México. La primera tarjeta de identificación como «asilado político», hecha en Veracruz el 26 de julio de 1939, por no llevar documentación suficiente al pisar suelo mexicano,

muestra de frente y de perfil a un hombre muy mayor (casi 89 años), con un semblante marcadamente triste, que la propia tarjeta describe como un hombre de 1,68 m, blanco, canoso, de nariz recta, ojos azules, catedrático jubilado, que hablaba francés, griego y latín, católico, que viajaba con familiares y esposa, con una persona relevante como referencia: el profesor Isaac Ochotorena, del Instituto de Biología de México. La segunda ficha, hecha por el Servicio de Migración de la Secretaría de Gobernación en México, D.F. el 21 de noviembre de 1939, muestra al mismo profesor Bolívar con un rostro algo más tranquilo, definido nuevamente como asilado político, pero con dos novedades. Ya aparece el que sería su domicilio mexicano en la plaza Río de Janeiro 56 y su nuevo mentor es Alfonso Reyes.

¿Quién era realmente este anciano profesor que se había atrevido a cruzar el océano Atlántico buscando un futuro para su familia y una muerte digna, lejos de la barbarie instalada en España y a punto de extenderse por toda Europa?

La primera respuesta nos la da él mismo en una carta autobiográfica titulada *Recuerdos de mi vida*, que envía el 29 de abril de 1941 a su amigo José Cuatrecasas Arumi, instalado en su exilio colombiano como botánico tropicalista.¹ Responde a un requerimiento de Cuatrecasas a Cándido Bolívar, uno de los hijos del maestro que siguió sus huellas en el campo de la ciencia y fue fundamental en su vida. Ignacio Bolívar Urrutia había nacido en Madrid el 9 de noviembre de 1850² y, como él mismo nos relata, su

¹ «Carta de Ignacio Bolívar a José Cuatrecasas, Ciudad de México, 29 de abril de 1941», Archivo del Real Jardín Botánico de Madrid (ARJB). Fondo José Cuatrecasas. Correspondencia científica, caja 4, exp. Div. XV, 2, 1, 14. Quiero agradecer a José M^a López Sánchez su ayuda en la obtención de esta valiosa documentación.

² Según la partida de bautismo de la iglesia de San Martín de Madrid se le llamó Ignacio de Loyola, Teodoro, Sotero, Francisco, Jerónimo, José, Melchor, hijo legítimo de José Bolívar y Ana María Urrutia, ambos naturales de Madrid y con domicilio en la

afición a las ciencias naturales pudo venir de su admiración por los libros de viajes, que le transportaban a otros lugares mágicos y le hacían revivir la historia de Robinson Crusoe en su retiro solitario. Después de recordar estos sueños infantiles se lamentaba de haber llegado a México a una edad tan avanzada que le impedía disfrutar de su exuberante Naturaleza.

El recuerdo de Ignacio Bolívar de esta apasionada llamada de la Naturaleza, que se inició en excursiones con sus compañeros de escuela por los alrededores de Madrid en busca de plantas, minerales e insectos, lo conservó toda la vida y es descrito en su carta autobiográfica de una manera fascinante, que nos recuerda a algunos pasajes de Humboldt o Darwin en sus contemplaciones extasiadas del mundo natural:

Un hecho insignificante vino, siendo aún niño, a favorecer y orientar mi atención hacia los insectos, y fue el haber encontrado en casa un insecto muy extraño traído sin duda con la ropa de lavar, pues en aquella época el lavado se hacía en el río por la escasez de agua en la Corte. Era, como más tarde supe, una larva de *Empusa*, mántido estrafalario que por sus movimientos y actitudes parecía imitar a una personita. Su cabeza terminada por una mitra cónica dirigía sus miradas a uno y otro lado, y sus dos patas anteriores repliegadas como los brazos de un monje en oración, se lanzaban como movidas por un resorte contra las moscas que se ponían a su alcance, fallando rara vez el golpe, y después mantenían su presa, como cogida por unas manos, al alcance de su boca que la iba devorando, manifestando con los graciosos movimientos de su cabeza la satisfacción que experimentaba. ¡Que espectáculo tan

calle Hita número 4 de la misma ciudad. Archivo Histórico Nacional (AHN), Madrid, Universidades 5342, Exp. 21. Facultad de Ciencias, 1866-1873.

maravilloso!, y no es extraño que quedara grabado en mi memoria con tanta claridad que aún en estos momentos me parece estar presenciándolo.

Al llegar a la edad de elegir carrera universitaria optó por la de Ciencias Naturales, que tuvo que simultanear con el estudio de Derecho ante el temor paterno de que no pudiera vivir de esa extraña carrera que le llevaba por los campos recogiendo criaturas inservibles. Conociendo cómo era la sociedad española de la época y su escaso aprecio por la ciencia, esta elección por la Naturaleza y su estudio científico debía ser tan rara como la de un británico que hubiera querido dedicarse el mundo taurino, parafraseando a un antiguo colega al hablarme de sus estudios de historia y filosofía de la ciencia en Londres y las impresiones de sus compañeros anglosajones por esta extraña elección en un español.

Tras cursar el Bachillerato en el Instituto de Noviciado de Madrid y en el de Valladolid, en el que obtuvo su título de Bachiller en Artes en 1866, comenzó la carrera de Derecho sin mucho entusiasmo, a la vista de sus calificaciones de simple aprobado en muchas de las asignaturas, pero logró licenciarse en estos estudios en 1871,³ fecha en la que casi acababa los estudios de Ciencias Naturales en Madrid, con la excepción de la Geografía, que aprobaría el año siguiente en Valencia. Puede que la convulsa época que le tocó vivir como estudiante le marcara para siempre, como a muchos de estos «hijos del 68» educados en medio de la Revolución de Septiembre, la Primera República Española y la Restauración, con acontecimientos culturales tan notables como la fundación de la Institución Libre de Enseñanza por Francisco Giner de los Ríos.

³ AHN, Madrid, Universidades, 3705, Exp. 4. Derecho, 1866-1871.

Del expediente académico de Bolívar se deduce que era evidente su preferencia por la zoología, en la que destacó desde estos tiempos de estudiante y que le llevó a realizar una tesis doctoral en 1873 sobre «Apuntes para la clasificación de los ortópteros y su distribución geográfica en la Península», calificada positivamente por un tribunal de lujo formado por Mariano de la Paz Graells, Miguel Colmeiro, Lucas de Tornos, Laureano Pérez Arcas y Francisco Martínez Sáez.⁴

A algunos de estos eminentes profesores los había conocido poco antes con motivo de su participación, todavía como estudiante, en la fundación de la Sociedad Española de Historia Natural en 1871, creada según el propio Bolívar a instancias del profesor Pérez Arcas y a imitación de la recién constituida Sociedad Mexicana de Historia Natural, que ya publicaba su famoso periódico *La Naturaleza*, con la intención de tener una sociedad que contara con un medio de expresión para dar a conocer las novedades científicas en Historia Natural. Ignacio Bolívar –nombrado Vicesecretario de la Sociedad– destacaba en esta fundación, además de Laureano Pérez Arcas, que los reunía en su casa y fue el impulsor de los *Anales*, Francisco de Paula Martínez y Sáez, zoólogo de la Comisión Científica del Pacífico y después catedrático de la Universidad Central de Madrid, su compañero de Comisión Marcos Jiménez de la Espada, quien además de notable naturalista llegó a ser un americanista distinguido, Miguel Colmeiro, director del Jardín Botánico, Serafín de Uhagón, otro importante entomólogo, como el presbítero Bernardo Zapater, a los que se añadieron poco más tarde el jefe de la Comisión Científica del Pacífico, el malacólogo Patricio Paz y Membiela, su colega Joaquín González Hidalgo, el naturalista Sandalio de Pereda, los geólogos Juan Vilanova y José M^a Solano, y los médicos Pedro González de Velasco y Rafael Martínez Molina. La nueva Sociedad se reunió en el Instituto Industrial, más tarde en la

⁴ *Ibid.*, 5342, Exp. 21. Facultad de Ciencias, 1866-1873.

Academia de Medicina y finalmente en el Museo Nacional de Ciencias Naturales, publicando sus *Anales* trabajos de científicos como Felipe Poey, Juan Gundlach, Bello, Salvador Calderón, Royo Gómez, Font Quer, Pau, Cuatrecasas, Miranda, Zulueta, Rioja, Bonet, etc. El premio Nobel Santiago Ramón y Cajal dio aquí a conocer algunos de sus primeros descubrimientos histológicos sobre el sistema nervioso de los vertebrados, y sus discípulos más importantes, como Tello, Pío del Río-Hortega, Domingo Sánchez, Isaac Costero, etc., también dejaron su huella en esta Sociedad de naturalistas que sigue sus trabajos en la actualidad, y en la que Bolívar publicó su *Sinopsis de los ortópteros de España* y se destacó como uno de los autores más prolíficos.⁵

En el mismo año de 1871 Ignacio Bolívar participó como vocal de la junta de gobierno en otra institución de vida más efímera, el Ateneo Propagador de las Ciencias Naturales, organizado en cuatro secciones de zoología, botánica, geología y mineralogía, y ciencias auxiliares, patrocinado por varios científicos de la Sociedad Española de Historia Natural como Graells, Colmeiro, Rioz, González de Velasco, Martínez Sáez, González Hidalgo y Lucas de Tornos, y con la colaboración como socio de su hermano, el médico José M^a Bolívar Urrutia. El Ateneo llevaba a cabo una gran actividad excursionista ligada a la recolección de productos naturales y tenía la intención de formar una gran biblioteca de ciencias naturales.⁶ En esta institución se disfrutaron además sesiones científicas de gran interés como la dedicada por Salvador Calderón al «reino hominal» con perspectiva darwinista, de forma similar a lo hecho en su tesis doctoral. Este mismo presentó una *Guía del geólogo*

⁵ Ignacio Bolívar, «La Sociedad Española de Historia Natural», *Revista de la Sociedad Mexicana de Historia Natural*, Vol. I, n° 2, junio, 1940, pp. 87-95; Alberto Gomis Blanco, «Desarrollo institucional de la Real Sociedad Española de Historia Natural», *Mem. R. Soc. Hist. Nat.*, I, 2ª ep. (1988), pp. 5-46.

⁶ Ángel de Diego y Capdevila, *Resumen de los trabajos en que se ha ocupado el Ateneo Propagador de las Ciencias Naturales durante el año académico de 1872 a 1873*, Madrid, Imp. Manuel Minuesa, 1873.

y mineralogista expedicionario en España, en tanto que Eduardo Bosca exponía una *Memoria sobre la recolección de reptiles, peces, moluscos y zoófitos*. Durante el primer año Bolívar prestó su domicilio particular para las reuniones del Ateneo y dio a conocer algunos de sus trabajos sobre ortópteros y su distribución, objeto poco después de su tesis doctoral.⁷ Asimismo dio a conocer en el Ateneo sus *Apuntes acerca de la recolección y conservación de los insectos*, una interesante obra que ocupó gran parte de la tercera memoria de esta institución que ya cesaba en sus actividades.⁸

En 1875, Ignacio Bolívar consigue una plaza de ayudante de Zoología en el Museo de Ciencias Naturales de Madrid⁹ y escribe al sabio profesor de la Universidad de Jena Ernst Haeckel afirmando que todos los conceptos que exponía en la *Historia Natural de la Creación* coincidían con sus propias convicciones adquiridas en el estudio de la Historia Natural. Además solicitaba su *Morfología General* y apuntaba:

Probablemente será el primer ejemplar que llegue a España, donde el interés por ese estudio empieza ahora a desarrollarse y observo con gran satisfacción que el grupo de jóvenes naturalistas está muy dispuesto a aceptar las ideas de la evolución que usted defiende.¹⁰

⁷ Ángel de Diego y Capdevila, *Resumen de los trabajos en que se ha ocupado el Ateneo Propagador de las Ciencias Naturales durante el año académico de 1873 a 1874*, Madrid, Imp. Gregorio Juste, 1874.

⁸ Ángel de Diego y Capdevila, *Resumen de los trabajos en que se ha ocupado el Ateneo Propagador de las Ciencias Naturales durante el año académico de 1874 a 1875*, Madrid, Imp. Gregorio Juste, 1875, pp. 37-124.

⁹ José del Cañizo, «Don Ignacio Bolívar y Urrutia (1850-1944)», *Boletín de Patología Vegetal y Entomología Agrícola*, XIII, Madrid, 1944, pp. 477-482.

¹⁰ Archivo de la Ernst Haeckel Haus, Universität Jena, Brief Id. 6678.

Un año después daba las gracias a Haeckel por el envío de una fotografía suya, el visto bueno para la traducción de alguna de sus obras y ofrecía al científico alemán la primera parte de su *Sinopsis de los ortópteros de España*. En una carta posterior, Bolívar dejaba traslucir su posición en torno al evolucionismo:

Los ortópteros figuran sin duda entre los insectos en los que más pruebas se pueden realizar en pro del transformismo y no creo que pueda existir un solo ortopterólogo que no sea partidario de la evolución.¹¹

Bolívar también pedía permiso para dedicarle una especie y poder dar a conocer en los *Anales de la Sociedad Española de Historia Natural* alguna de las obras del sabio germano, como por ejemplo *La vida en las mayores profundidades*. Efectivamente, poco después publicaba Bolívar la descripción de *Ectobia Haeckelii* realizada sobre un ejemplar regalado por el naturalista Víctor López Seoane en su obra *Sinopsis de los ortópteros de España y Portugal* (1876), en la que permanecía marcadamente fiel a las tesis darwinistas siguiendo al entomólogo suizo Carl Brunner von Wattenwyl, con la siguiente dedicatoria: «Dedico esta especie al eminente profesor de la Universidad de Jena, H. Ernst Häckel, à quien soy deudor de varias de sus publicaciones, como débil muestra de mi admiración hacia sus importantes trabajos».¹²

En 1877, todavía sin cumplir los veintisiete años, Ignacio Bolívar conseguía por oposición la cátedra de Entomología de la Facultad de Ciencias de la Universidad Central de Madrid, que ocuparía hasta 1920, lo que además significaba la entrada en la Junta de profesores

¹¹ Ibid., 6679 y 6680.

¹² Ignacio Bolívar, *Sinopsis de los ortópteros de España y Portugal*, Madrid, Imp. De T. Fortanet, 1876, pp. 40-41.

del Museo de Ciencias Naturales y su implicación directa en la sala de Articulados de dicha institución, aportando una nueva visión evolucionista que queda demostrada en los propios exámenes.¹³

De esta época data su primer matrimonio, con Pilar Pieltaín, fallecida prematuramente y con la que tuvo tres hijos: Pilar, Ignacio y José.¹⁴ En lo referente a su papel inicial en la cátedra y el Museo, el propio Bolívar indica cómo intentó desde el primer momento ligar la enseñanza práctica de sus alumnos y la formación de colecciones:

Establecí las prácticas realizadas por los mismos alumnos e introduje las excursiones procurando que aquella dejara de ser puramente verbalista, como por su naturaleza lo eran las de la antigua Universidad. Los alumnos se familiarizaban por estos medios con el conocimiento de los animales en su hábitat y sin esfuerzo de memoria llegaban al dominio de su característica. Procuré asociarles al mismo tiempo a los trabajos del Museo; los materiales que recogían se incorporaban a las colecciones del mismo, conservando cuidadosamente el nombre del colector, llegando a interesarse por aquellas como copartícipes de su formación, y el Museo pudo ser considerado, andando los años, como la casa solariega de los naturalistas, a la que favorecían con sus recolecciones.¹⁵

¹³ Alberto Gomis Blanco, «Bolívar Urrutia, Ignacio», *Diccionario Biográfico Español*, Madrid, Real Academia de la Historia, tomo 8, 2010, pp. 686-691. Expediente de Ignacio Bolívar y Urrutia. Archivo General de la Administración, Sección de Educación y Ciencia, Leg. 196-27, Caja 15.399.

¹⁴ M. Cazurro y J. Arias, *Ignacio Bolívar y las ciencias naturales en España*, Madrid, Imp. Clásica Española, 1921, p. 46 (ed. facs. con introducción y apéndice de Alberto Gomis, Madrid, CSIC, 1988). En 1889 se casó con Fermina Pieltaín y tuvo en 1897 a su hijo Cándido, continuador de Ignacio en las ciencias naturales.

¹⁵ «Carta de Ignacio Bolívar a José Cuatrecasas, México, D.F., 29 de abril de 1941», ARJB. Fondo José Cuatrecasas. Correspondencia científica, caja 4, exp. Div. XV, 2, 1, 14.



La figura de Ignacio Bolívar caminando por la sierra de Guadarrama se hizo habitual,¹⁶ ataviado de manera sencilla y con su red de entomólogo en la mano, según su discípulo Ángel Cabrera, quien llegaría a ser un importante naturalista del Museo de La Plata en Argentina. Bolívar parecía seguir la misma estela excursionista de Francisco Giner de los Ríos, siempre preocupado por el conocimiento de la naturaleza en esta sierra cercana a Madrid y que, como decía Antonio Machado a su muerte, soñaba un nuevo florecer de España. El mismo Machado, admirador contemplativo de esta sierra pero nada deportista, dedicaba unos años más tarde un párrafo a Ignacio Bolívar en su *Juan de Mairena* asombrado por ese «insigne Bolívar, cazando saltamontes a sus setenta años, con general asombro de las águilas, los buitres y los alcotanes de la cordillera carpetovetónica».¹⁷

De este mundo del excursionismo en las cercanías Bolívar pasó al de las expediciones africanas, la primera vez con motivo de su asistencia junto al geólogo Juan Vilanova al congreso organizado en Argelia en 1881 por la *Association Française pour l'Avancement des Sciences*, que le llevó días después a explorar la región de Orán y de la Argelia meridional hasta los límites del desierto. Dos años más tarde algunos de sus alumnos, como Odón de Buen, Eduardo Reyes Prósper y Antonio Vila, el aficionado César Chicote y el ayudante del Museo Manuel Antón, tuvieron el privilegio de acompañar a Bolívar en una expedición a Marruecos. Se inició así una época de viajes al norte de África, Oriente y Guinea, que culminó con la creación primero de una Comisión para la Recepción y Estudio de Colecciones de África Occidental en 1901¹⁸

¹⁶ Así lo recuerda Ismael del Pan en su trabajo «Don Ignacio Bolívar. Recuerdo del maestro», *Memorias de la Real Sociedad Española de Historia Natural*, Tomo extraordinario LXXV Aniversario, 1946, pp. 65-75.

¹⁷ Santos Casado de Otaola, *Quiroga, Calderón, Bolívar. La ciencia en el campo. Naturaleza y regeneracionismo*, Madrid, Nívola, 2001, p. 87.

¹⁸ La Comisión estaba formada por Ignacio Bolívar como presidente, Blas Lázaro, Salvador Calderón y Manuel Martínez de la Escalera. Archivo del Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid (AMNCN), CN0284/001/001.

y de otra Comisión de Estudios del Noroeste de África en 1905,¹⁹ con algunos naturalistas distinguidos participantes como De Buen en la expedición de la fragata *Blanca* a Argelia²⁰ y Manuel Martínez de la Escalera en las más exóticas, que llegaron a Turquía, Siria, Irán e Irak,²¹ lo que sin duda benefició a las colecciones del Museo de Ciencias Naturales madrileño.

Además, Bolívar editó en aquellos tiempos algunas obras generales con la idea de cambiar la mentalidad de la antigua Historia Natural por la nueva Biología evolucionista, con obras como los *Elementos de Historia Natural* (1890 y 1895), junto a Salvador Calderón y Francisco Quiroga, y en 1900 los *Nuevos Elementos de Historia Natural* con Calderón, un amigo y colaborador de Bolívar, autor de la primera tesis doctoral con contenido evolucionista en España.²² Asimismo colaboró en los cursos del Ateneo de Madrid (1897-99) dentro de la Escuela de Estudios Superiores, con una cátedra de «Problemas de Entomología».²³

Por aquella época, exactamente en 1895, llegó una real orden que trasladaba el Museo de Ciencias Naturales desde el Palacio destinado a la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y la antigua sede del Real Gabinete de Historia Natural, situado en la calle Alcalá de Madrid, a los bajos del edificio de la Biblioteca Nacional y Museos

¹⁹ AMNCN, CN284/006.

²⁰ Miguel Ángel Puig-Samper, Joaquín Fernández y M^a Dolores Marrodán, «El viaje de la fragata *Blanca* (1886)», Actas del II Congreso de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias, Zaragoza, 1984, Vol. II, pp. 281-296.

²¹ Carolina Martín Albadalejo e Isabel Izquierdo Moya (eds.), *Al encuentro del naturalista Manuel Martínez de la Escalera (1867-1949)*, Madrid, CSIC, 2011.

²² Salvador Calderón y Arana, «Es o no el hombre animal», Facsímil, transcripción y estudio introductorio de Belén Soutullo y Victoria López-Acevedo, *Memorias de la Real Sociedad Española de Historia Natural*, tomo XIII, 2015.

²³ Alberto Gomis Blanco, «Ignacio Bolívar», en el monográfico «Españoles en el exilo. Una aproximación desde la actualidad», *El Ateneo*, Cuarta época, n^o XI, diciembre de 2002, pp. 15-24.

Nacionales en el Paseo de Recoletos. Para Bolívar fue una decisión fatal que llevó casi a la muerte al Museo, tanto por la pérdida añadida de gran parte de los profesores, como porque obligó a derivar parte de las colecciones al antiguo Museo Velasco de Antropología, que finalmente se separó junto al Real Jardín Botánico para tener independencia institucional. En 1900 recibió Bolívar el encargo del ministro de Instrucción Pública Antonio García Alix de reformar la Facultad de Ciencias y el Museo. El proyecto reformista de Bolívar, que ya era Consejero de Instrucción Pública, fue aprobado por unanimidad y la Facultad quedó dividida en cuatro secciones: Ciencias Exactas, Físicas, Químicas y Naturales, se modificó el plan de estudios de la licenciatura con una orientación más práctica y experimental, con la inclusión de asignaturas como Antropología, Química Biológica y Psicología Experimental, se crearon plazas de profesores auxiliares y alumnos internos y se dio un cierto papel al Museo de Ciencias en la enseñanza superior de las ciencias naturales. Entretanto el Museo sufrió también un importante cambio por iniciativa de Bolívar en el *proyecto de bases para la reforma del Museo de Ciencias Naturales*, aprobado el 3 de agosto de 1900, que ampliaba los objetivos del Museo al asesoramiento de otros centros en la formación de colecciones de Historia Natural, a la fundación de estaciones de Biología, tanto marítimas como terrestres y a la organización de cursos superiores de ciencias naturales. Además se estructuraba el Museo junto al Jardín Botánico y el Museo Antropológico, y se creaba la figura del Conservador que debía atender a las diversas Secciones del Museo de Ciencias Naturales.²⁴

²⁴ Luis Alfredo Baratas Díaz y Joaquín Fernández Pérez, «La enseñanza universitaria de las ciencias naturales durante la Restauración y su reforma en los primeros años del siglo XX», *Llull*, vol. 15, 1992, pp. 7-34. *Libros de Actas del Consejo de Instrucción Pública. 1872-1904, Libro 655*, Archivo General de la Administración (AGA), Alcalá de Henares, Sección de Educación.



La situación volvió a cambiar con la creación en 1907 de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE), que decidió la fundación de un Instituto Nacional de Ciencias Físico-Naturales en 1910, que englobaba a todas estas instituciones.²⁵ Precisamente en este año se produjo el traslado, gracias al trabajo de Bolívar, del Museo Nacional de Ciencias Naturales al Palacio de la Industria y de las Artes en los altos del Hipódromo de Madrid, donde actualmente sigue su vida científica, una situación que marcaba una nueva era en la vida del Museo y equiparaba –según su propio director– España a otros países europeos, cuyos museos venía visitando desde 1905, y que denotaba la nueva floración del Estado y del nuevo nivel cultural del país. El propio Bolívar había representado a España en los actos de homenaje a Darwin celebrados en Cambridge en junio de 1909,²⁶ si bien en nuestro país no todo el mundo se enteró, como demuestra la columna periodística de alabanza a Darwin firmada por Maeztu en *La Correspondencia de España*.²⁷

Ignacio Bolívar pensaba entonces que había convertido el Museo en un centro de cultura e investigación, donde se alternaba la divulgación

²⁵ Luis E. Otero Carvajal y José M^a López Sánchez, *La lucha por la modernidad. Las ciencias naturales y la Junta para Ampliación de Estudios*, Madrid, CSIC-Residencia de Estudiantes, 2012; Francisco Pelayo López, «Las Ciencias Naturales en la JAE: el Real Jardín Botánico y el Museo Nacional de Ciencias Naturales», en Miguel Ángel Puig-Samper (ed.), *Tiempos de Investigación. JAE-CSIC, cien años de ciencia en España*, Madrid, CSIC, 2007, pp. 115-119.

²⁶ El nombramiento de Ignacio Bolívar y Urrutia como representante de España en el Centenario de Darwin que se celebraría en Cambridge aparece en la *Gaceta de Instrucción Pública y Bellas Artes*, Año XXI, Madrid 30 de junio de 1909, n^o 949, Sección de Información, Universidades.

²⁷ Ramiro de Maeztu, «Ecos de Londres. En honor de Darwin», *La Correspondencia de España*, Madrid, 2 de julio de 1909. Se desmiente la ausencia de España en los actos de homenaje a Darwin y se habla de Ignacio Bolívar como representante en «El centenario de Darwin», *El Imparcial*, Madrid, 20 de julio de 1909, p. 3. Para una idea de los actos celebrados en Cambridge puede verse *Order of the Proceedings at the Darwin Celebration Held at Cambridge, June 22-June 24 1909, With a Sketch of Darwin's Life*, Cambridge, Printed at University Press, 1909.

científica en sus salones, aún con colecciones deficientes,²⁸ con los cursos prácticos de investigación, entre los que habría que destacar los impartidos por Antonio de Zulueta, introductor de la genética en España,²⁹ y en la Estación Alpina de la Sierra de Guadarrama, creada en 1911 por la JAE. Como comentaba el propio Bolívar en su ingreso en la Real Academia de Ciencias en 1915, hubo además un empeño en la investigación original en los laboratorios, que asimilaban también los conocimientos traídos por los pensionados de la JAE, así como la publicación de resultados en los *Trabajos del Museo* patrocinados por la JAE con la intención de formar la Flora y la Fauna de la Península Ibérica.³⁰

En el ámbito de los estudios marinos, impulsados por Bolívar desde 1886 con su apoyo en la fundación por Augusto González de Linares de la Estación Biológica de Santander y más tarde del Laboratorio Biológico-Marino de Baleares (1908), el Museo perdió el control al crearse el nuevo Instituto Español de Oceanografía por Odón de Buen en 1914, lo que ocasionó fuertes fricciones entre maestro y discípulo, que luego coincidirían en el exilio mexicano.³¹

Durante estos años Bolívar siguió con sus actividades como Tesorero de la Sociedad Española de Historia Natural y como catedrático

²⁸ Esta situación parece que cambió con la contratación por Ignacio Bolívar de los hermanos José María y Luis Benedito que organizaron un moderno Laboratorio de Taxidermia en el Museo de Ciencias Naturales, tal como relata Santiago Aragón Albillos, *En la piel de un animal. El Museo Nacional de Ciencias Naturales y sus colecciones de Taxidermia*, Madrid, CSIC-Doce Calles, 2014.

²⁹ Susana Pinar y Francisco J. Ayala, «Antonio de Zulueta y los orígenes de la Genética en España», en Milagros Candela (Ed.), *Los orígenes de la genética en España*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2003, pp. 165-201.

³⁰ Ignacio Bolívar Urrutia, *Discurso leído ante la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales en su recepción pública por el Ilmo. Sr. D....., el día 20 de julio de 1915*, Madrid, Imp. Renacimiento, 1915.

³¹ Santos Casado, «Ignacio Bolívar y la modernización de la historia natural en la Junta», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, II Época, diciembre de 2006, nº 63-64, pp. 189-205.



en la Universidad Central hasta 1920, fecha de su jubilación y de su nombramiento como Presidente Honorario de la Sociedad Española de Historia Natural,³² en tanto que continuó su labor como director del Museo Nacional de Ciencias Naturales por expreso deseo de Santiago Ramón y Cajal, quien como presidente de la JAE e Investigaciones Científicas consiguió esta situación excepcional del Ministerio de Instrucción Pública. Además al año siguiente se le encargó la dirección añadida del Real Jardín Botánico de Madrid, que duraría hasta 1930, con la misión de reformar la estructura de esta antigua institución científica, en la que fundó nuevos laboratorios y creó la sección de Flora Tropical, que más tarde ocuparía su amigo José Cuatrecasas.³³ La sección de Entomología del Museo fue dirigida desde 1922 por su hijo Cándido Bolívar, ya formado como un zoólogo experimentado, y creó con él tres años más tarde la revista de entomología *Eos*, que dirigió desde su fundación. Asimismo mantuvo una activa correspondencia e intercambio con otros naturalistas y con instituciones extranjeras, entre las que cabe citar al Museo de Historia Natural de la Ciudad de México a través del profesor y director de estudios biológicos Alfonso L. Herrera, de quien tenemos constancia de varios canjes de ejemplares de historia natural en 1925, así como un intento de intercambio de animales vivos solicitado desde México para el Parque Zoológico de Chapultepec.³⁴

En 1928 la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales le concedió la medalla Echegaray,³⁵ la más alta distinción académica

³² Alberto Gomis Blanco, «Recuerdo de D. Ignacio Bolívar y Urrutia en el Centenario (sic) (Cincuentenario) de su fallecimiento, *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural, Actas*, tomo 92, 1997, pp. 23-27.

³³ Antonio González Bueno, «Datos biográficos y bibliográficos del profesor José Cuatrecasas Arumi», *Lazaroa*, Madrid, 1983, pp. 11-24.

³⁴ AMNCN, CN0303/003, CN0277/013 y CN0277/034.

³⁵ *La Voz*, Madrid, 29 de mayo de 1928, p. 3. Un perfil muy positivo de su figura con unas interesantes fotografías, publicado con motivo de este acontecimiento, apareció en *La Esfera*, el 9 de junio de 1928, pp. 11-13.

que tenían solo figuras de la talla de Cajal o Torres Quevedo, siendo considerado Ignacio Bolívar *príncipe de las ciencias naturales* españolas. Además se aprobó en la misma institución la creación de una Comisión Retrospectiva de Historia Natural, donde Bolívar y otros académicos se encargarían de la investigación sobre los naturalistas hispánicos destacados, especialmente en América y Oceanía, los Mutis, Ruiz, Pavón, Sessé, Mociño, los miembros de la Comisión Científica del Pacífico, etc., lo que desembocaría un año más tarde en una importante exposición en el Jardín Botánico.³⁶

En el mismo año de 1928, Bolívar fue homenajeado por los miembros de la Sociedad Española de Historia Natural con un tomo especial de memorias científicas y con posterioridad una medalla acuñada especialmente para él, tal como anunciaba el periódico madrileño *La Voz*, que poco después apoyaba vehementemente la candidatura de Bolívar, propuesta por Torres Quevedo, Gabriel Maura y Julio Casares, para el puesto vacante en la Real Academia Española tras el fallecimiento de Eduardo Gómez de Baquero.³⁷ El 13 de febrero se reunió la Real Academia y, como informaba *La Época* al día siguiente y *El Sol* dos días más tarde, fue elegido Ignacio Bolívar por su grandes méritos como naturalista, miembro además de numerosas instituciones académicas de todo el mundo (ya era doctor *honoris causa* por la Universidad de Pittsburg, miembro de la Sociedad Zoológica de Londres, miembro honorario de la Academia de Medicina de Madrid y de la Accademia dei Lincei, por poner algunos ejemplos) y se esperaba de él la renovación del Diccionario en los términos científicos que debían nutrir la obra de

³⁶ El 30 de mayo de 1928 fue aprobada esta Comisión en la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, compuesta por Ignacio Bolívar, el duque de Medinaceli, el padre Agustín J. Barreiro, que escribiría por entonces su historia del Museo de Ciencias Naturales, Antonio Varela y Arturo Caballero. AMNCN, CN0044/773/001

³⁷ *La Voz*, Madrid, 4 de enero de 1930, p. 3; *La Voz*, Madrid, 7 de enero de 1930, p. 3; *La Voz*, Madrid, 15 de enero de 1930, p. 4; *La Voz*, Madrid, 12 de febrero de 1930, p. 1 y *La Voz*, Madrid, 14 de febrero de 1930, p. 4.



referencia del uso del castellano,³⁸ una información que repetía al mes siguiente la revista *Alrededor del Mundo*, calificándole de sabio y gran señor de la ciencia.³⁹

En el Acta de la Real Academia Española de 18 de enero de 1931 se da cuenta de la «constitución de la Academia en el salón de actos públicos para dar posesión de su plaza de número al académico electo el Ilmo. Sr. D. Ignacio Bolívar».⁴⁰ Ocupaba el sillón presidencial Elías Tormo, Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, teniendo en su derecha a Ramón Menéndez Pidal, Director de la Academia y al Secretario Emilio Cotarelo y a la izquierda al Sr. Leopoldo Cano, Censor de la Corporación.

En su discurso sobre *El lenguaje de la Historia Natural* manifestó Bolívar que iba a dedicar algunas palabras a la nomenclatura de las ciencias naturales empleada en los diccionarios generales del idioma. Según él, el pueblo que no profundiza en el análisis de las cosas que la naturaleza ofrece ante su vista, tiene muy poco vocabulario para designarlas, y éste casi siempre es genérico, confuso y muchas veces equivocado; sin embargo suele emplear dos y más formas para una misma cosa y una misma palabra para cosas diferentes. El medio de corregir los inconvenientes que de estos hechos se desprenden sería elegir con cuidado –en opinión de Bolívar– la forma más propia y exacta, y en la definición acomodarla en lo posible a las más científicas que se emplean en las ciencias naturales. Uno de los medios que, a juicio del disertante, podrían emplearse para ello, sería el de colocar al principio de cada definición el nombre técnico del objeto o animal con lo que ya no habría error en cuanto a la identificación de la cosa definida. El discurso de Bolívar se extendió hacia las ciencias naturales

³⁸ Expediente de Ignacio Bolívar en la Real Academia Española. Archivo de la Real Academia Española (RAE), leg. 31, exp. 4.

³⁹ «Ignacio Bolívar», *Alrededor del Mundo*, Año XXII, vol. 61, n° 1602, Madrid, 1 de marzo de 1930, pp. 231-232.

⁴⁰ Acta de la Real Academia Española de 18 de enero de 1931. Archivo de la RAE.

y su progreso a lo largo del tiempo, tanto en el ámbito teórico, en el que destacó las obras de Aristóteles, Plinio, Gesner, Aldrovandi, Tournefort, Linneo, Cuvier, Buffon y Darwin, como en la propiamente hispánica con los textos de los cronistas de Indias, como Gonzalo Fernández de Oviedo, José de Acosta o Francisco Hernández, además de su admirado Félix de Azara. Respecto a la necesidad de incluir el vocabulario científico en el Diccionario de la Lengua Española, la posición del nuevo académico fue clara, como podemos observar en la siguiente cita:

A medida que los problemas de las ciencias, y lo mismo sería aplicable a las artes, van siendo más conocidos, que sus aplicaciones interesan más al común de las gentes, sus términos irán siendo más repetidos, llegarán a estar en boca de mayor número de personas y adquirirán por derecho propio un puesto en el lenguaje y en el diccionario, que ha de ser su fiel reflejo. ¡Cuántas palabras que hemos visto nacer lo han conseguido ya y cuántas otras están llamando a las puertas de la Academia y habrán de figurar en sucesivas ediciones del Diccionario!

Prosiguió Bolívar haciendo otras muchas observaciones acerca de la materia con agrado y satisfacción del público, que al final premió con nutridos aplausos tan erudito trabajo, tal como refleja el acta de la Real Academia Española de aquél día. El discurso fue respondido por el académico Vicente García de Diego, quien alabó la carrera científica del naturalista, antes de que el Ministro le concediera la medalla y el título de académico.⁴¹

⁴¹ *Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública de D. Ignacio Bolívar y Urrutia el día 18 de enero de 1931*. Madrid, RAE, 1931, 45 pp.



Tres años más tarde, con motivo de la muerte de Santiago Ramón y Cajal, Ignacio Bolívar fue designado nuevo presidente de la JAE, cargo en el que vivió todas las vicisitudes de la vida universitaria y científica de la II República.⁴²

Un hito en la historia de la zoología española del siglo XX, que en cierta manera fue un homenaje a Ignacio Bolívar, fue la celebración en Madrid del 6 al 12 de septiembre de 1935 del VI Congreso Internacional de Entomología, inaugurado bajo la presidencia del Jefe del Estado Niceto Alcalá Zamora y en el que se discutió sobre entomología general, agrícola, ecología y biogeografía, entomología médica y veterinaria, así como de entomología forestal.⁴³ Tal como refleja el periódico *El Sol*, Ignacio Bolívar inauguró el Congreso internacional en el auditorio de la Residencia de Estudiantes, con un agradecimiento a las autoridades, los científicos extranjeros y algunas instituciones como el propio Museo Nacional de Ciencias Naturales y la Sociedad Española de Historia Natural. El discurso fue una alabanza a los precursores de la entomología española y a la organización del Museo de Ciencias Naturales, que desde 1907 se había desligado de la sujeción universitaria para dedicarse a tiempo completo a la difusión cultural de las ciencias naturales⁴⁴ y a la investigación de la naturaleza española como una empresa patriótica,

⁴² Eduardo González Calleja y Álvaro Ribagorda (Eds.), *La Universidad Central durante la Segunda República*, Universidad Carlos III, 2013.

⁴³ Presidía el Congreso el propio Ignacio Bolívar, eran vicepresidentes Miguel Benlloch, José M^a Dusmet y Manuel Martínez de la Escalera, los vocales fueron Federico Bonet, José del Cañizo, Gonzalo Ceballos, Juan Gil Collado, Fernando Martínez de la Escalera y Antonio de Zulueta, en tanto que la secretaría estaba en manos de Cándido Bolívar Pieltaín. Véase el Apéndice de Alberto Gomis en M. Cazorro y J. Arias, *Ignacio Bolívar y las ciencias naturales en España*, Madrid, ed. facs., Madrid, CSIC, 1988, pp. 194-195.

⁴⁴ Para darse una idea de la transformación que había sufrido el Museo bajo la dirección de Bolívar puede verse el artículo de A. Prats, «La infancia en la mansión de las maravillas. En la instalación del Museo de Ciencias naturales se están realizando importantes reformas», *El Sol*, 5 de marzo de 1935, p. 8.

una opción que le había costado a Bolívar no pocas discusiones con otros colegas del mundo de la Universidad.⁴⁵ Parece que el Congreso fue un éxito, con asistencia de más de 400 delegados en sus diversas secciones, en las distintas sedes: la Residencia de Estudiantes, el Museo de Ciencias Naturales, el Instituto de Física y Química y en el Instituto Escuela. En el aspecto lúdico contó con excursiones a Aranjuez, El Escorial y El Pardo, así como con una recepción del Presidente de la República en el Palacio Nacional.⁴⁶ El resultado de los trabajos de este Congreso Internacional, previsto en una publicación, quedó interrumpido por el estallido de la Guerra Civil como consecuencia del golpe militar del 18 de julio de 1936 contra el gobierno legítimo de la República. Las actas del Congreso serían editadas en 1940 por una Comisión que tuvo la desvergüenza de publicarlas eliminando cualquier rastro del que había sido su presidente y las ponencias del propio Ignacio Bolívar, su hijo Cándido, Juan Gil Collado, Dionisio Peláez y Federico Bonet.⁴⁷ Bolívar se quejó al Secretario del Comité de

⁴⁵ «El VI Congreso Internacional de Entomología. Ayer celebró su sesión inaugural, con asistencia del Presidente de la República», *El Sol*, Madrid, 7 de septiembre de 1935, p. 4. Véase también «El VI Congreso Internacional de Entomología. España, paraíso de los naturalistas, por el profesor Ignacio Bolívar», *El Sol*, Madrid, 6 de septiembre de 1935, p. 1.

⁴⁶ «Bajo la presidencia del presidente de la República celebra la sesión de apertura el Congreso de Entomología», *Heraldo de Madrid*, 6 de septiembre de 1935, p. 2; «El VI Congreso Internacional de Entomología», *Heraldo de Madrid*, 7 de septiembre de 1935, p. 5; «En la Residencia de Estudiantes. Esta mañana se ha inaugurado el VI Congreso Internacional de Entomología», *La Voz*, 6 de septiembre de 1935, p. 3.

⁴⁷ Dicha Comisión censora de los trabajos de los naturalistas considerados contrarios al nuevo Régimen estaba formada José M^a Dusmet, Eduardo Zarco y Serapio Martínez. Véase Alberto Gomis, «Mimbres para otro cesto. De la Sección de Entomología del Museo Nacional de Ciencias Naturales al Instituto Español de Entomología», *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural, Sec. Biol.*, 108, 2014, pp. 37-47. Dusmet se atrevió en su *Discurso leído en el acto de recepción de...la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales* (Madrid, 1944) a hacer unas fichas de los principales entomólogos españoles, en la que señaló a Ignacio Bolívar como «fuera de España» y antiguo presidente del Congreso Internacional de Entomología, una curiosa afirmación

los Congresos Internacionales de Entomología, por la censura que se había hecho en la publicación de las Actas del Congreso de Madrid, un delito de «falsedad en documento público internacional», cometido en primer lugar por Dusmet, su discípulo y querido amigo. Un delito calificado de infamia por el botánico José Cuatrecasas que acusaba de su autoría al «trío de Madrid».⁴⁸ Un colega de este Congreso, el profesor Uvarov, recordaría a Ignacio Bolívar años más tarde en la revista *Nature* como el hombre clave de su organización, con una energía sorprendente, lleno de nobleza y encanto, y con unas virtudes científicas que le habían llevado a ser reconocido por las Sociedades Entomológicas de Londres, Bélgica y Praga, la Sociedad Zoológica de Londres como uno de los 25 miembros extranjeros y doctor *honoris causa* por la Universidad de Pittsburgh.⁴⁹

Al iniciarse la Guerra Civil española Ignacio Bolívar fue confirmado como director del Museo Nacional de Ciencias Naturales, poco después agrupado con el Jardín Botánico y el Museo Antropológico en un nuevo Instituto Nacional de Ciencias Naturales.⁵⁰ Por sus propias palabras sabemos que Bolívar rescató algunas colecciones privadas antes de salir a Francia para recuperar su salud, dejando la presidencia de la JAE en

teniendo en cuenta que él mismo fue responsable de su desaparición en las actas. De Cándido Bolívar, al que también censuró, se atrevió a decir que hubiera sido un gran entomólogo si no se hubiera desviado hacia la política en los días más horribles que Madrid recuerda, sin duda por su colaboración con Azaña como Secretario General de la Casa Oficial del Presidente de la República (*Gaceta de Madrid*, nº 133, 12 de mayo de 1936, p. 1395). De Gil Collado un ligero recuerdo, le había dedicado un género, y al final una leve alusión a su dedicación en el combate del paludismo, y Peláez y Bonet, desaparecidos.

⁴⁸ «Carta de Ignacio Bolívar a José Cuatrecasas, fechada en Ciudad de México, el 8 de marzo de 1941» y «Carta de José Cuatrecasas a Ignacio Bolívar, fechada en Bogotá el 29 de marzo de 1941», ARJB. Fondo José Cuatrecasas. Correspondencia científica, caja 4, exp. Div. XV, 2, 1, 14.

⁴⁹ B. P. Uvarov, «Don Ignacio Bolívar y Urrutia», *Nature*, July 21, 1945, vol. 156, pp. 74-75.

⁵⁰ *Gaceta de Madrid*, 27-VIII-1936 y 2-IX-1936.

manos de Manuel Márquez, el futuro presidente del Ateneo Ramón y Cajal de México, y la dirección del Museo a Antonio de Zulueta:

El Museo, cuando lo aconsejaron las circunstancias, se consideró llamado a procurar el salvamento de las colecciones que pudieran existir en las casas incautadas por las milicias del pueblo y tuvo la satisfacción de haber puesto a salvo entre otras menos importantes la magnífica colección que el Duque de Medinaceli había reunido en su palacio de la Plaza de Colón. La setenta vitrinas que encerraban preciosos grupos biológicos, algunas de grandes dimensiones y muchos otros ejemplares, producto todo ello de las expediciones por remotos países del duque, fueron trasladados cuidadosamente al Museo y distribuidos en los salones de exposición, sin que los ejemplares sufrieran el menor deterioro, por haberse verificado el traslado por el mismo taxidermista, a quien eran debidos aquellos grupos.

Fatigado por la labor excesiva de los últimos años hube de solicitar a fines del mes arriba expresado, autorización de la superioridad para buscar descanso al lado de parte de mi familia residente en Francia desde largos años. Allí sufrí la lesión a la vista que me ha impedido desde entonces toda clase de lectura. Ello no obstante volví a España en septiembre de 1937 para cumplimentar los deseos de la JAE que a la sazón radicaba en Valencia, de establecer un laboratorio en el que se pudiese continuar los trabajos del Museo, quedando encargado de su realización una vez encontrado el edificio conveniente, el señor Royo quien desempeñó su misión con el celo e inteligencia en él habituales.⁵¹

⁵¹ ARJB, Fondo José Cuatrecasas. Correspondencia científica, caja 4, exp. Div. XV, 2, 1, 14.

En un informe elaborado por Luis Santullano sobre la situación del Instituto de Ciencias Naturales en los primeros años de la Guerra Civil, en un dossier para la revista *Tierra Firme* titulado «Un año de labor cultural de la República Española (julio 1936-julio 1937)», indicaba cómo el personal de los diferentes centros había tenido que poner a salvo de los bombardeos sus colecciones científicas e instrumentos de trabajo, ya que habían caído algunos obuses sobre el propio Museo de Ciencias Naturales. Añadía que José Cuatrecasas había publicado una monografía en los primeros meses de la guerra sobre sus actividades en Colombia en torno al segundo centenario de Mutis, del que se había recibido además la orden de publicación de su *Quinología*, la revista *Eos* había publicado su tomo XII entre 1936 y 1937 y el *Boletín de la Sociedad Española de Historia Natural* también había cumplido sus objetivos de publicación. Santullano comentaba también cómo algunos de los científicos habían trasladado sus actividades a Valencia manteniendo sus trabajos de investigación geológica, zoológica y botánica, en tanto que otros seguían en Madrid al cuidado de sus cultivos y laboratorios.⁵²

Desde Valencia, en octubre de 1937, la Junta de Profesores del Instituto Nacional de Ciencias Naturales, presidida por Bolívar, decidía el nombramiento de Enrique Rioja como comisionado encargado de entregar una colección de objetos de historia natural a la Academia de Ciencias de la URSS, con motivo del XX aniversario de la implantación del régimen de los Soviets.⁵³ Enviaba esta Junta una carta al presidente

⁵² Luis Santullano, «Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas». En Salvador Bernabéu Albert y Consuelo Naranjo Orovio (eds.), Edición facsimilar de *Tierra Firme*, Madrid, SECC, CSIC y Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2008, 8 vols., Año II, n° 3-4, 1936, pp. 591-595.

⁵³ El compromiso político de Enrique Rioja durante la guerra fue enorme, participando en la Casa de la Cultura en Valencia y en diversos cargos relacionados con la enseñanza, tanto en la reglada de Segunda Enseñanza como en los Institutos para Obreros, así como en la Escuela de Ingenieros Industriales de Barcelona. Véase M^a Elena Caso, *Homenaje a Don Enrique Rioja Lo Bianco en el cincuentenario de su llegada*

de la Academia de Ciencias soviética en la que destacaba la admiración por la investigación desarrollada en aquella gran nación y expresaba su gratitud por las muestras de simpatía y cariño demostradas hacia España en un cruel momento de agresión del fascismo germano-italiano.⁵⁴

Ya en plena guerra, Ignacio Bolívar se significaba al firmar en 1938, unos días después de ser reintegrado al servicio activo en la Universidad,⁵⁵ un manifiesto de apoyo al presidente Negrín, encabezado por el filólogo Tomás Navarro Tomás, el médico Juan Madinaveitia, él mismo y Antonio Machado, en el que entre otras cosas se decía:

...nosotros, hombres de ciencia, escritores y artistas, queremos reiterar pública y solemnemente nuestra adhesión al Gobierno de la República española, nuestro decidido propósito de ayudarles a defender, hasta la victoria total, la independencia y la libertad de España.

Nos dirigimos a los intelectuales de la España aherrojada por el fascismo, para que, conscientes de su deber y de los destinos de nuestro pueblo, señalados por la historia, ayuden desde su campo a la victoria de la República, que será la liberación y el resurgimiento de nuestro país.

Nos dirigimos, asimismo, a los intelectuales de todos los países para que laboren tenazmente a favor del pueblo español que com-

a México, México, Olmeca, 1990; Francisco Javier Dosil Mancilla y Javier Cremades Ugarte, «El zoólogo Enrique Rioja (1895-1963). Datos sobre su vida y su contribución a la ciencia y a la cultura en España y en México», en Luis Español (coord.), *Actas del VIII Congreso de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias y de las Técnicas*, Logroño, SECYT y Universidad de La Rioja, 2004, pp. 498-517.

⁵⁴ AMNCN, CN0279/024. La carta estaba fechada en Valencia el 25 de octubre de 1937 e iba firmada por Ignacio Bolívar, como presidente de la Junta y director del Museo de Ciencias Naturales, José Cuatrecasas, como director del Jardín Botánico de Madrid, José Royo y Gómez, como director del Museo Antropológico de Madrid, y Cándido Bolívar Pieltaín como Secretario.

⁵⁵ *La Vanguardia*, 27 de febrero de 1938, p. 5.

bate no sólo en su propia defensa, sino también por la libertad y la cultura universales.⁵⁶

Poco después, el 19 de mayo de 1938, el ilegal gobierno franquista decretaba el cese de actividades de la JAE, pero la Junta mantuvo sus actividades en Valencia, apoyada por el legítimo gobierno republicano y posteriormente se trasladó a Barcelona. En esos momentos dramáticos la JAE proyectó la publicación de la obra de Cajal *El Sistema Nervioso del Hombre y de los Vertebrados*⁵⁷ y José Cuatrecasas recibía el encargo de intentar la edición de las láminas del naturalista José Celestino Mutis, que las entregó a la Comisión Oficial del Tesoro Artístico para su custodia, y también se ocupó de recuperar el herbario y la biblioteca del famoso botánico Carlos Pau para su entrega al Jardín Botánico de Madrid. Además se mantuvo la actividad en Madrid gracias al nombramiento en octubre de ese mismo año del doctor Luis Calandre, entonces director del Hospital de Carabineros instalado en la Residencia de Estudiantes, como Subdelegado de la JAE en la capital, lo que finalmente le costaría la cárcel y el exilio interior.⁵⁸

En Valencia, Bolívar participó también en la Casa de la Cultura de manera activa, incluyendo la publicación en el tercer número de la revista *Madrid. Cuadernos de la Casa de la Cultura* de un artículo sobre

⁵⁶ «La intelectualidad española expresa su adhesión al gobierno de la República», *Frente Rojo*, Barcelona, Año I, n° 343, 1 de marzo de 1938, pp. 7 y 10; «Un manifiesto de los intelectuales españoles», *La Hora*, 1-3-1938, p. 10.

⁵⁷ Manuel Márquez en su nota necrológica sobre Ignacio Bolívar publicada en la revista *Ciencia*, vol. VI, n° 3, 1945, pp. 98-100, relata cómo se reorganizó la JAE en Valencia bajo la presidencia de Bolívar, su vicepresidencia y la colaboración de personajes como Navarro Tomás, Santullano, Puche, Victorio Macho, Moreno Villa y Antonio Machado. En Barcelona se unieron Joaquín Xirau, Pompeyo Fabra, Carlos Riva, Rubió, August Pi i Sunyer y Agustín Millares.

⁵⁸ Cristina Calandre Hoenigsfeld, «El doctor Luis Calandre Ibáñez y la Residencia de Estudiantes», en Miguel Ángel Puig-Samper (ed.), *Tiempos de Investigación. JAE-CSIC, cien años de ciencia en España*, Madrid, CSIC, 2007, pp. 211-219.

el Instituto Nacional de Ciencias Naturales, donde repasa de nuevo la historia del Museo de Ciencias Naturales y del Jardín Botánico desde la época de la Ilustración española, pasando por la dirección de Graells en la era isabelina, con la famosa Comisión Científica del Pacífico, la de la creación de la Sociedad Española de Historia Natural hasta llegar a la que protagonizó con los traslados del Museo y la nueva organización científica, expositiva y administrativa, así como la incorporación a la JAE que dotó al Museo de salas de exposición, con nuevas formas de exposición en grupos naturales, biblioteca, laboratorios modernos, material y nuevo personal, en tanto que el Jardín se dotaba de nuevos invernaderos, laboratorios, herbarios y se creaba una nueva Sección de Flora Tropical para estudiar las antiguas colecciones procedentes de las expediciones científicas al Nuevo Mundo.⁵⁹ La revista estaba dirigida por Enrique Díez-Canedo, quien poco antes había dirigido también la revista *Tierra Firme*, el órgano de difusión del americanismo en la etapa republicana,⁶⁰ y solo pudo contar con tres números pero con colaboraciones de personalidades destacadas de la cultura y la ciencia

⁵⁹ Ignacio Bolívar, «El Instituto Nacional de Ciencias Naturales», *Madrid. Cuadernos de la Casa de la Cultura*, Valencia, nº 3, pp. 319-340. En una carta, escrita desde la localidad vasco-francesa de Sare, a José Cuatrecasas se disculpaba Bolívar de los posibles errores en su artículo: «Respecto a la historia del Museo que ha publicado la Revista Madrid, ha de tenerse en cuenta que la escribí de memoria, dictándola a mi mujer, mi hija, cuando ya estaba imposibilitado de poder leer y por tanto de consultar ningún libro que por otra parte tampoco poseía. Las citas de fecha, han sido corregidas después por el amigo Rioja y pueden admitirse salvo la errata de la 1ª página que atribuye a la obra de Colmeiro un siglo! de adelanto. Como U. verá, esa historia solo es un programa a desarrollar como yo lo haría si tuviera tiempo y medios para ello.». «Carta de Ignacio Bolívar a José Cuatrecasas, Sare (Bass. Pyr.), Francia, 26 de julio de 1938», ARJB. Fondo José Cuatrecasas. Correspondencia científica, caja 4, exp. Div. XV, 2, 1, 14.

⁶⁰ Salvador Bernabéu Albert y Consuelo Naranjo Orovio, Estudio introductorio de la edición de *Tierra Firme*, «Historia contra la «desmemoria» y el olvido: el americanismo en el Centro de Estudios Históricos y la creación de la revista *Tierra Firme* (1935-1937)», Madrid, SECC, CSIC y Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2008, 8 vols, vol. I.

como Antonio Machado, Tomás Navarro Tomás, León Felipe, José Cuatrecasas, José Bergamín, Enrique Rioja, José Moreno Villa, etc. La dirección del tercer número de *Madrid*, por la ausencia de Enrique Díez-Canedo ya camino de México, estuvo a cargo de María Zambrano, que había participado en Valencia en la redacción de *Hora de España*, otra revista cultural de gran relieve también con mucha presencia de Antonio Machado. Zambrano ensalzó la actividad de la Casa de la Cultura en tiempos tan difíciles y sobre todo de la propia revista *Madrid* como testimonio del «temple moral de nuestros intelectuales» que habían sido capaces de dar frutos en el campo científico, literario y poético a pesar de la guerra. Sobre el artículo de Bolívar en la revista comentaba:

El trabajo de don Ignacio Bolívar, figura venerable de nuestro mundo científico, sobre el Museo de Ciencias Naturales de Madrid, recoge la historia de la institución y muestra su valor y significación en un momento triste para la cultura española, cuando algunas de las salas que enumera, algunas de las valiosas colecciones fueron tocadas por la destrucción invasora, pero nos aporta el testimonio de una atención científica alerta, vigilante y ejemplar a quien los años y las circunstancias adversas no destruyen su constancia.⁶¹

El título de la revista de la Casa de la Cultura era sin duda un homenaje a Madrid y su defensa de la legalidad republicana. La edición facsimilar de la revista *Madrid* inicia sus páginas con un bello escrito de Antonio Machado fechado el 29 de julio de 1937, publicado en español, francés, inglés y ruso, alabando a los buenos españoles y su capacidad de resistencia defendiendo la causa popular frente al enemigo, lo que

⁶¹ María Zambrano, «Notas. Madrid. Cuadernos de la Casa de la Cultura», *Hora de España*, Barcelona, XX, agosto de 1938, pp. 55-56.

implicaba la defensa de todos los pueblos y el porvenir del mundo.⁶² En la misma edición se relata cómo hubo un agradecimiento general del mundo intelectual por la evacuación de esta elite artística, literaria y científica de Madrid en un momento muy delicado por el avance de la guerra y los bombardeos sobre la capital.⁶³

Como indicaba Emilio G. Nadal en *Tierra Firme*, la Casa de la Cultura –luego llamada Casa de los Sabios– había nacido como una hija de la guerra para «poner a salvo de los peligros del asedio (a Madrid) a los artistas, escritores y hombres de ciencia» que representaban «un tesoro inestimable para la cultura y el prestigio del país».⁶⁴ Incluso se ha llegado a decir que la actividad de algunos naturalistas en los laboratorios de la Junta, instalados en la calle Trinquete de Caballeros en Valencia, fue superior a la que ya se daba en Madrid.

El 30 de octubre de 1937 el gobierno de la República dio la orden de traslado a Barcelona, con lo cual la Junta de Profesores del Museo pasó también a la Ciudad Condal.⁶⁵ Poco más tarde Ignacio Bolívar pasaba a Francia con su familia, excepto Cándido que permanecería en un primer momento junto a Azaña como secretario de la Presidencia del Gobierno de la República. Sabemos por la correspondencia con

⁶² Antonio Machado, «Madrid», *Madrid. Cuadernos de la Casa de la Cultura*, Glashütten im Taunus, Verlag Detlev Auvermann Nendeln-Liechtenstein, Kraus Reprint, 1974, pp. 5-6.

⁶³ El primer manifiesto de agradecimiento estaba firmado por personalidades como Antonio Machado, Pío del Río-Hortega, Enrique Moles, Isidro Sánchez Covisa, Antonio Madinaveitia, José M^a Sacristán, José Moreno Villa, Miguel Prados Such y Arturo Duperier. Véase Robert Marrast, Introducción a la edición facsimilar de *Madrid. Cuadernos de la Casa de la Cultura*, Glashütten im Taunus, Verlag Detlev Auvermann Nendeln-Liechtenstein, Kraus Reprint, 1974, p. 8.

⁶⁴ Emilio G. Nadal, «La Casa de la Cultura», Edición facsimilar de *Tierra Firme*, Madrid, SECC, CSIC y Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2008, Año II, n^o 3-4, 1936, pp. 601-603.

⁶⁵ Alberto Gomis, «Ignacio Bolívar, segundo presidente de la JAE», en Miguel Ángel Puig-Samper (ed.), *Tiempos de Investigación. JAE-CSIC, cien años de ciencia en España*, Madrid, CSIC, 2007, pp. 69-75.

Cuatrecasas que primero estuvieron en el pueblo vasco-navarro de Sare y en enero de 1939 se instalaron en un pequeño pisito que compartían quince personas entre familiares, amigos y colegas en la localidad de Vernet-les-Bains, donde se había instalado un campo para heridos⁶⁶ y en la que había también algunos alojamientos para militares republicanos. Entre las personas que les acompañaban se encontraba Enriqueta Ortega, maestra y naturalista barcelonesa, doctorada en Farmacia en Madrid como residente en la Residencia de Señoritas, que luego sería su ayudante en la estancia mexicana, profesora en el Instituto Luis Vives y llegaría a ser profesora en la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas de México.⁶⁷ Bolívar expresaba su inquietud por la situación familiar y la posible marcha hacia América en un supuesto plan de espera de su colegas Navarro Tomás, Santullano, Rioja y Royo. El lamento de Ignacio Bolívar era dramático: «En cuanto a mí, inútil ya para todo trabajo científico por el estado de mi vista, ¿cómo habría de emprender un viaje

⁶⁶ Marie Claude Rafaneau-Boj, *Odyssée pour la liberté. Les camps de prisonniers espagnols 1939-1945*, Denoël, 1993. En ese momento, enero-febrero de 1939, había en los campos de concentración franceses unos 250.000 españoles, que fueron descendiendo hasta unos 4.000 en 1942, según las cifras que ofrecen Geneviève Dreyfus-Armand, *El exilio de los republicanos españoles en Francia. De la Guerra Civil a la muerte de Franco*, Barcelona, Editorial Crítica, 2000, p.59; Alicia Alted Vigil, *La voz de los vencidos. El exilio republicano de 1939*, Madrid, Aguilar, 2005, p.70; Javier Rubio, «Política francesa de acogida. Los campos de internamiento», en Josefina Cuesta y Benito Bermejo (coords.), *Emigración y exilio. Españoles en Francia, 1936-1946*, Madrid: Eudema, 1996, p.102.

⁶⁷ Pilar Domínguez-Prats, «De la Universidad al exilio. La trayectoria de Enriqueta Ortega», en Josefina Cuesta, M^a Luz de Prado Herrera y Francisco J. Rodríguez (dirs.), *¿Mujeres sabias?. Mujeres universitarias en España y América Latina*, Limoges, Presses Universitaires de Limoges, 2015, pp. 243-261; Consuelo Flecha García, «Profesoras en la Universidad. El tránsito de las pioneras en España», *Arenal*, 17-2, julio-diciembre de 2010, p. 291. El expediente de Enriqueta Ortega Feliú en AHN, Universidades, 5965, Exp. 22. Hay también una entrevista a Enriqueta Ortega realizada por Concepción Ruíz Funes en Barcelona, 22 de abril de 1979, en el Centro Documental de la Memoria Histórica, Salamanca, PHO/10/30. Expediente de Enriqueta Ortega en la Junta de Auxilios a los Republicanos Españoles (JARE), Archivo Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid, M-146.

de esa naturaleza y cómo realizarlo siendo tantos los que necesitaríamos llevar con nosotros?»⁶⁸

Pocos días más tarde Bolívar mantenía su correspondencia con Cuatrecasas estudiando la posibilidad de que este crease un Museo de Historia Natural en Colombia en el que encontrar acomodo para sí mismo, Enrique Rioja y Cándido Bolívar, buscando también una plaza en el Ministerio de Industria para José Royo, es decir el núcleo de sus colegas naturalistas, aunque tampoco olvidaba a otros dos que acababan de llegar a Francia, Federico Bonet y Dionisio Peláez. Bolívar comunicaba también a Cuatrecasas que mantenía las posibilidades de que el grupo fuera a México en caso de fallar las gestiones con el gobierno de Colombia, a través del ofrecimiento que en su día recibió Rioja de su colega Ochotorena, director del Instituto Biológico, para crear un Laboratorio de Biología Marina,⁶⁹ algo que se confirma en una nota colocada por Ignacio Bolívar a una carta de Cándido en la que comenta su traslado temporal a Toulouse, donde se reuniría con Rioja y Royo.⁷⁰

Efectivamente Cándido Bolívar se reunió en Toulouse con sus dos colegas, protegidos por el geógrafo Jean Sermet junto a otros exiliados como Odón de Buen y Faustino Miranda⁷¹, y transmitieron a Cuatrecasas la voluntad de Rioja de ir a México con Ochotorena, en tanto que Royo marcharía a Colombia y él mismo esperaría acontecimientos de Colombia y de México, atendiendo a las posibilidades de viajar de sus padres:

⁶⁸ «Carta de Ignacio Bolívar a José Cuatrecasas, Vernet-les-Bains, 8 de febrero de 1939», ARJB. Fondo José Cuatrecasas. Correspondencia científica, caja 4, exp. Div. XV, 2, 1, 14.

⁶⁹ «Carta de Ignacio Bolívar a José Cuatrecasas, Vernet-les-Bains, 14 de febrero de 1939», ARJB. Fondo José Cuatrecasas. Correspondencia científica, caja 4, exp. Div. XV, 2, 1, 14.

⁷⁰ «Carta de Cándido Bolívar a José Cuatrecasas, Vernet-les-Bains, 23 de febrero de 1939». Incluye una pequeña nota de Ignacio Bolívar, ARJB. Fondo José Cuatrecasas. Correspondencia científica, caja 4, exp. Div. XV, 2, 1, 14.

⁷¹ «Carta de José Royo a José Cuatrecasas, Toulouse, 4 de febrero de 1939». ARJB. Fondo José Cuatrecasas. Correspondencia científica, caja 4, exp. Div. XV, 2, 1, 153.

Me queda a mí un punto que me preocupa muchísimo, que es el referente a mis Padres, que como V. comprende no pueden volver a España y a los que no querría dejar en Francia, por temor a lo que pueda pasar en Europa. No sé por otra parte si sería materialmente posible el llevarles –dada su avanzada edad y de si la altitud de México ciudad les sería perjudicial para su salud. En el caso de que ellos estuvieran dispuestos a trasladarse a América habría aún la dificultad del pago del pasaje. Pero se les ha ocurrido a Rioja y Royo que mi Padre podría decirse que va a ocuparse de algún cargo, alguna dirección de un centro o algo así, y ver si es posible obtener el pago del pasaje. Voy a escribir también a México, para ver si puede hacerse algo en este sentido. Si V. quiere darme su opinión respecto a llevarme a mis Padres se lo agradeceré mucho. ¿Cree V. que las molestias del viaje son muy grandes o resulta por el contrario descansado? Es posible utilizar la clase turista, o aun la tercera si fuese necesario?⁷²

José Cuatrecasas se muestra en esta correspondencia como el valedor de toda esta colonia de científicos exiliados desde París, donde se encontraba preparando su salida a Colombia, de una forma similar a lo que hacía Federico de Onís desde la Columbia University en Nueva York y con sus contactos en la Universidad de Puerto Rico buscando acomodo para sus antiguos compañeros del Centro de Estudios Históricos de Madrid.⁷³ Además de buscar alguna posibilidad en la capital francesa

⁷² «Carta de Cándido Bolívar a José Cuatrecasas, Toulouse, 28 de febrero de 1939», ARJB. Fondo José Cuatrecasas. Correspondencia científica, caja 4, exp. Div. XV, 2, 1, 14.

⁷³ Consuelo Naranjo Orovio, «Los caminos de la JAE en América Latina: redes y lazos al servicio de los exiliados republicanos», *Revista de Indias*, 2007, vol. LXVII, n° 239, pp. 283-306; Francisco Javier Dosil Mancilla, «La JAE peregrina», *Revista de Indias*, 2007, vol. LXVII, n° 239, pp. 307-332; Consuelo Naranjo Orovio, M^a Dolores Luque y Miguel Ángel Puig-Samper, *Los lazos de la cultura. El Centro de Estudios Históricos*

para Cándido Bolívar en un puesto de entomología forestal, Cuatrecasas llega a dar una lista de posibles refugiados para viajar a Colombia en la que se encontraban Royo, Vinós, Ots Capdequí, Sacristán, Francisco Carreras, Rafael Lapesa, Antonio Moles, Bonet, etc., ya negociada con la Embajada colombiana en París de manera discreta.⁷⁴ Su posición de apoyo al exilio republicano la mantendría también desde sus puestos en Estados Unidos, a partir de la década de 1950.⁷⁵

En otra carta, enviada ya desde Bogotá el 24 de abril de 1939 a la residencia de la familia Bolívar en Vernet-les-Bains, Cuatrecasas se muestra contentísimo por su propio viaje en compañía de Royo, Pablo Vila, Ots, Amós Salvador, etc., y por la posibilidad real de llevar contratado a Cándido Bolívar como entomólogo de la Estación Agrícola experimental de Palmira, cercana a Cali y donde Ignacio Bolívar podría residir tranquilamente. Asimismo ofrecía puestos de trabajo para Rioja y Bonet, preparando además un plan con el antiguo ministro Luis de Zulueta para profesores de instituto.⁷⁶ La respuesta de Cándido Bolívar fue ambigua, ya que por una parte se mostraba dispuesto a ir a Colombia, siempre que se asegurase el futuro de sus padres, si es que podían soportar tan largo viaje, pero también anunciaba que seguía a la espera de contestar la oferta mexicana de integrarse en el Departamento de Salubridad de México. Es también muy entrañable su interés por buscar una colocación a Enriqueta Ortega, que estaba con ellos en Vernet, y por

de Madrid y la Universidad de Puerto Rico, 1916-1939, Madrid, CSIC-Universidad de Puerto Rico, 2002.

⁷⁴ «Carta de José Cuatrecasas a Cándido Bolívar, París, 8 de marzo de 1939», ARJB. Fondo José Cuatrecasas. Correspondencia científica, caja 4, exp. Div. XV, 2, 1, 14.

⁷⁵ Antonio González Bueno, «Nos asedian con el silencio. Reflexiones y actuaciones de José Cuatrecasas Arumi (1903-1996) en torno a la República Española desde su exilio norteamericano», *Arbor*, CLXXXV, n° 735, 2009, pp. 139-153.

⁷⁶ «Carta de José Cuatrecasas a Cándido Bolívar, Bogotá, 24 de abril de 1939», ARJB. Fondo José Cuatrecasas. Correspondencia científica, caja 4, exp. Div. XV, 2, 1, 14.

la situación de su antiguo ayudante Dionisio Peláez,⁷⁷ que en la Guerra Civil se había encargado de la Campaña Antipalúdica Militar y ahora estaba encerrado en un campo de concentración en Perpignan, al que quería rescatar y llevar con él a Palmira, para lo que solicitaba la activa ayuda de Cuatrecasas.⁷⁸

Finalmente llegó la decisión de Cándido de marchar con su familia a México, donde ya le exigían una respuesta para integrarse en el Departamento de Salubridad, sintiendo no ir a Colombia donde se encontraban parte de sus amigos y compañeros como Cuatrecasas o Royo. Pide, por tanto, disculpas al ministro Gartner por no aceptar la oferta colombiana, que además había llegado tarde,⁷⁹ según comenta también Cuatrecasas al contestar disgustado por haber perdido la oportunidad de llevarse a la familia Bolívar a Colombia, aunque todavía mantenía una oferta para Enriqueta Ortega.⁸⁰

La constancia de la llegada a México de la familia Bolívar la encontramos en una carta de Ignacio a Royo y Cuatrecasas, fechada en la ciudad de México el 25 de septiembre de 1939⁸¹ y en la que se muestra contento, comenta el viaje a Chiapas de Cándido Bolívar y su ayudante Peláez, la actividad frenética de Rioja junto al profesor Ochoterena y da algunos datos de la entrada en su nueva patria:

⁷⁷ Anita Hoffmann, «In Memoriam Dionisio Peláez Fernández (1915-1998), *Folia Entomol. Mex.*, 1999, 105, pp. 1-8.

⁷⁸ «Carta de Cándido Bolívar a José Cuatrecasas, Vernet-les-Bains, 8 de mayo de 1939», ARJB. Fondo José Cuatrecasas. Correspondencia científica, caja 4, exp. Div. XV, 2, 1, 14.

⁷⁹ «Carta de Cándido Bolívar a José Cuatrecasas, Vernet-les-Bains, 3 de junio de 1939», ARJB. Fondo José Cuatrecasas. Correspondencia científica, caja 4, exp. Div. XV, 2, 1, 14.

⁸⁰ «Carta de José Cuatrecasas a Ignacio Bolívar, Bogotá, 2 de julio de 1939», ARJB. Fondo José Cuatrecasas. Correspondencia científica, caja 4, exp. Div. XV, 2, 1, 14.

⁸¹ «Carta de Ignacio Bolívar a J. Royo y José Cuatrecasas, México, 25 de septiembre de 1939», ARJB. Fondo José Cuatrecasas. Correspondencia científica, caja 4, exp. Div. XV, 2, 1, 14.

Sirva esta primera carta para enviarles un cordial saludo a Vds. y a sus apreciadas familias desde esta ciudad de Méjico en donde estamos desde el 10 de agosto y para darles noticias de la existencia de la que irían ya dudando. Salimos de Amberes en el Westernland el 8 de julio y pasando por Nueva York; llegamos a Veracruz el 26 del mismo mes deteniéndonos allí dos días y doce en Orizaba llegando como les digo el 10 a México, donde ya nos esperaba Cándido que solo se detuvo cuatro días en Orizaba; a la estación acudieron también para recibirnos Rioja y una representación del Instituto de Biología con su director a la cabeza y desde entonces estamos alojados en la casa Rio Janeiro número 56 de la plaza del mismo nombre.

Sobre la casa comentaba «De salud todos estamos bien; en la inmensa casa en que vivimos hemos encontrado alojamiento en departamentos separados la familia de Cándido, la de Pilar con el nuevo matrimonio de Daniel y Pilar Villalba y nosotros». La casa de la plaza Río de Janeiro en la colonia Roma, también conocida como Casa de las Brujas por su peculiar arquitectura porfirista –debida al ingeniero R. A. Pigeon en 1908 y luego modificada por Francisco Serrano en 1930– y por alguna leyenda como la de la bruja-curandera La Pachita, se convirtió en un lugar emblemático y de reunión del exilio español en la ciudad de México, junto a otros inmuebles como el Ermita al comienzo de la avenida Revolución.⁸²

⁸² Dolores Plá y Álvaro Vázquez, *El exilio español en la ciudad de México. El legado cultural*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 2010, p. 26. Antonio Bolívar Goyanes, hijo de Cándido y nieto de Ignacio, recuerda: «Al abuelo lo iba a ver gente que le acompañaba en alguna de las bancas de la Plaza, donde le gustaba sentarse; sus nietos mexicanos (mi hermano Simón y yo) jugamos mucho allí, vigilados por mis hermanas.» (Comunicación personal).

La realidad de cómo se habían producido los hechos, tras las dudas familiares y las diversas invitaciones a París y Colombia, la he comentado en alguna otra parte pero es necesario repetirla. En enero de 1939 enviaban al presidente Cárdenas un mensaje de agradecimiento los primeros invitados de *La Casa de España* (reproducido en el *Excelsior*, 20 de enero de 1939), entre los que firmaban José Gaos, Jesús Bal y Gay, Enrique Díaz-Canedo, León Felipe Camino, Agustín Millares, José Moreno Villa, Luis Recasens, Juan de la Encina, Gonzalo R. Lafora e Isaac Costero. El 12 de marzo de 1939 se designó al prestigioso escritor y diplomático mexicano Alfonso Reyes como presidente del patronato de La Casa de España en México, un acontecimiento que favoreció aún más la recepción de los exiliados españoles y la actividad de la nueva institución y su continuadora, a partir de 1940, El Colegio de México.⁸³ Reyes había vivido su exilio particular en Madrid, de 1914 a 1924, y como otros intelectuales latinoamericanos se había incorporado a las labores de instituciones como el Centro de Estudios Históricos, el Ateneo o la Residencia de Estudiantes, por lo que su sensibilidad hacia el mundo cultural español en el exilio no podía ser más acusada.

En este contexto se produjo la invitación, el 19 de abril de 1939, a Cándido Bolívar por parte de Daniel Cosío Villegas para que se incorporara al Departamento de Salubridad Pública de México, con objeto de que participara en la investigación de las enfermedades transmitidas por insectos, especialmente para trabajar en la lucha contra el paludismo y la oncocercosis, con un salario de 550 pesos mensuales y el ofrecimiento de obtener varios pasajes.⁸⁴ La invitación a Cándido

⁸³ Clara E. Lida, *La Casa de España en México*, México, Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, 1988; Clara E. Lida y José A. Matesanz, *El Colegio de México: una hazaña cultural, 1940-1962*, México, Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, 1990.

⁸⁴ Archivo de El Colegio de México, Caja 3, exp. 12, «Bolívar Pieltaín, Cándido». Agradezco a Clara Lida su ayuda en la localización de este expediente y a María del Rayo

Bolívar tuvo como respuesta la petición, el 24 de abril, de un traslado familiar completo, que incluía a su padre Ignacio Bolívar, hasta entonces director del Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid, presidente de la JAE y maestro de toda una generación de naturalistas, así como a su discípulo Dionisio Peláez, para el que además solicitaba un puesto de ayudante en el Departamento de Salubridad Pública de México. La contestación, que llevaba la firma de Alfonso Reyes y estaba fechada en México el 16 de mayo, fue afirmativa y Cándido Bolívar dio la aceptación definitiva telegráficamente el 5 de junio.⁸⁵ El 26 de julio de ese mismo año de 1939 desembarcaba toda la familia Bolívar del vapor *Monterrey* en el puerto de Veracruz, una circunstancia que como veremos favoreció notablemente la reunión de los exiliados científicos españoles.⁸⁶ Previamente habían conseguido las hojas de identificación de la Legación de los Estados Unidos Mexicanos en Francia, gracias a los buenos oficios de Narciso Bassols, que estaba pendiente desde mayo de la situación de la familia Bolívar, lo que les permitía salir de Francia rumbo a México.⁸⁷

González del Archivo Institucional del Colmex por haberme facilitado los expedientes de Ignacio y Cándido Bolívar.

⁸⁵ En carta de Alfonso Reyes a Eduardo Villaseñor, Subsecretario de Hacienda, fechada en México el 6 de junio de 1939, le indica que libre a su Delegación fiscal en París 1650 dólares para el viaje de Cándido Bolívar y su familia y 275 dólares para el pasaje de Dionisio Peláez. Archivo de El Colegio de México, Caja 3, exp. 12, «Bolívar Pieltaín, Cándido».

⁸⁶ Santos Casado y Alberto Gomis, «Cándido Bolívar (1897-1976). Avance para una biografía pendiente», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, vol. II, núm.31, pág. 60.

⁸⁷ La Hoja de identificación de Ignacio Bolívar Urrutia está fechada en París el 19 de junio de 1939, lleva el número R-1602 y está firmada por Narciso Bassols. Aparece reproducida en el Apéndice de M. Cazorro y J. Arias, *Ignacio Bolívar y las ciencias naturales en España*, Madrid, Imp. Clásica Española, 1921, p. 186 (ed. facs. con introducción y apéndice de Alberto Gomis, Madrid, CSIC, 1988). Sobre la actuación de Bassols y la diplomacia mexicana en relación a los refugiados españoles, véase José A. Matesanz, *Las raíces del exilio. México ante la guerra civil española, 1936-1939*, México, El Colegio de México-UNAM, 1999.

Ignacio Bolívar fue nombrado Miembro Honorario de La Casa de España con la expresa labor de hacer una memoria sobre el estado de los estudios de las ciencias naturales en España, por encargo del Patronato de dicha institución comunicado por Alfonso Reyes.⁸⁸ Poco después, el 19 de enero de 1940, Bolívar era nombrado Socio honorario de la Sociedad Mexicana de Historia Natural y en julio doctor *honoris causa* de la Universidad Nacional.⁸⁹

Su hijo Cándido Bolívar Pieltaín era considerado Miembro Especial de la misma institución, aunque recibiese su remuneración del Departamento de Salubridad Pública, una situación similar a la del discípulo de Pío del Río-Hortega el doctor Isaac Costero, que también figuraba como Miembro Especial de La Casa de España, pero recibía su salario del Hospital General. Los directivos de La Casa de España apoyaron decididamente la colocación de los profesionales españoles llegados a México y es necesario apuntar el ejemplo del doctor Enrique Arreguín, uno de los patronos de La Casa de España, que fue especialmente activo en la colocación de los médicos exiliados, como los psiquiatras Gonzalo Rodríguez Lafora, Dionisio Nieto Gómez y Federico Pascual del Roncal, el historiador de la medicina Germán Somolinos, el especialista en tuberculosis Juan Solares, el ginecólogo José Torre Blanco, el pediatra Aurelio Romeo Lozano, etc.

Asimismo La Casa de España puso en contacto a los intelectuales y científicos refugiados con otras instituciones en las que muchos impar-

⁸⁸ «Carta de Alfonso Reyes a Ignacio Bolívar, fechada en México, D.F., el 14 de octubre de 1939». Cuatro días más tarde contestaba afirmativamente Ignacio Bolívar a Alfonso Reyes. En enero de 1940 Bolívar comunicaba que ya se encontraba reuniendo datos para la historia de las ciencias naturales en el mundo iberoamericano, tarea en la contó con la ayuda de Enriqueta Ortega. Archivo de El Colegio de México, Caja 3, exp. 11, «Bolívar, Ignacio».

⁸⁹ «Carta de Enrique Beltrán, Secretario Perpetuo de la Sociedad Mexicana de Historia Natural, a Alfonso Reyes, fechada en México D.F. el 17 de enero de 1940.» Archivo de El Colegio de México, Caja 3, exp. 11, «Bolívar, Ignacio».

tieron conferencias y encontraron trabajo. También apoyó la actividad en los laboratorios de diferentes científicos ligados a la institución, como la de los médicos Isaac Costero, Lafora, Manuel Márquez y Manuel de Rivas Cherif en el Hospital General, Jaume Pi i Sunyer en el Laboratorio de Fisiología de la Facultad de Medicina, Antonio Madinaveitia en la Escuela de Ciencias Químicas de la Universidad, o la de Francisco Giral en el Instituto de Enfermedades Tropicales. Asimismo, La Casa de España había comisionado en 1938 a José Giral, Jaume Pi i Sunyer y Rosendo Carrasco Formiguera para ayudar en la organización del Departamento de Investigación de la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas del Instituto Politécnico Nacional, que poco después fue incorporando a personalidades como Candido Bolívar, Federico Bonet, Enriqueta Ortega, Bibiano Ossorio Tafall, etc. y creaba sus *Anales* como medio de expresión. Ignacio Bolívar manifestó su admiración por la Escuela y sus nuevos éxitos, recordando con melancolía lo dejado atrás:

Gran satisfacción me ha producido mi visita al Instituto Politécnico Nacional y especialmente a su Escuela Nacional de Ciencias Biológicas, no sin un dejo de tristeza por ver en plena actividad y labor una institución de espíritu semejante a las que funcionaban en España, bajo los auspicios de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas que se encuentran hoy abandonados por ausencia forzada de quienes la organizaron... el ver realizada en México la idea que nosotros no hemos podido aún llevar a la práctica, me ha sido sumamente grata.⁹⁰

⁹⁰ María Luisa Sevilla y Guillermo Carvajal Sandoval, «Naturalistas», en Antonio Bolívar Goyanes (coord.), *Científicos y humanistas del exilio español en México*, México, Academia Mexicana de Ciencias, 2006, pp. 143-153.

En la misma carta de llegada que citamos anteriormente, Ignacio Bolívar se muestra, a pesar de su avanzada edad, como el organizador científico de siempre, con proyectos nuevos de carácter colectivo dirigidos a la comunidad científica hispanoamericana, quizá ya pensando en la nueva revista *Ciencia* y la creación de alguna nueva sociedad científica:

Yo soy el único que nada hace hasta ahora al menos, pero sueño con hacer algo que redunde a favor de la Ciencia y de estas naciones que nos acogen con generosidad y no hago nada, me queda tiempo para discurrir e imaginar lo que podíamos hacer estando como estamos tan distanciados bien contra nuestra voluntad y he pensado que podríamos unir nuestros esfuerzos para fomentar el desarrollo de las ciencias físico químicas y naturales en toda la América latina, donde sin duda hay muchos aficionados, donde puede decirse que estas ciencias están en estado latente como en España cuando se creó la Soc. Española. De lo que tengo pensado sobre esto y la manera de realizarlo les hablaré en mi próxima, que no se hará esperar como esta sino que la seguirá en breve plazo.⁹¹

Precisamente cuatro científicos ligados estrechamente a La Casa de España en México serían los encargados de fundar y llevar la redacción de la revista que reunió al exilio científico español, *Ciencia. Revista hispano-americana de Ciencias puras y aplicadas*,⁹² aunque hay indicios de

⁹¹ «Carta de Ignacio Bolívar a J. Royo y José Cuatrecasas, México, 25 de septiembre de 1939», ARJB. Fondo José Cuatrecasas. Correspondencia científica, caja 4, exp. Div. XV, 2, 1, 14.

⁹² Miguel Ángel Puig-Samper, «La revista *Ciencia* y las primeras actividades de los científicos españoles en el exilio», en Agustín Sánchez Andrés y Silvia Figueroa Zamudio (coords.) *De Madrid a México. El exilio español y su impacto sobre el pensamiento, la ciencia y el sistema educativo mexicano*, Morelia, Comunidad de Madrid / Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2001, págs. 95-125.

que Francisco Giral y Enrique Rioja habían pensado ya en la creación de una revista científica en su viaje a México desde Francia a bordo del *Flandre*⁹³ e incluso el segundo se planteaba a poco de llegar a México la creación de una Colección Biológica Mexicana con los naturalistas exiliados, en un proyecto parecido al que habían dejado en España⁹⁴ y que aparece en la correspondencia de Cándido Bolívar y Daniel Cosío en 1940 como una de las posibles actividades del naturalista.⁹⁵

El 1 de marzo de 1940 aparecía el primer número de esta revista publicada por la editorial Atlante, bajo la dirección de Ignacio Bolívar Urrutia y con tres redactores principales, Cándido Bolívar Pieltaín, Isaac Costero y Francisco Giral. En el primer consejo de redacción de *Ciencia* aparecían científicos de diversas disciplinas, aunque con una fuerte presencia de médicos y biólogos, con lugares de exilio variados, pero con un peso notable de los residentes en México, entre los que podemos citar a José Giral, Gonzalo R. Lafora, Antonio Madinaveitia, Manuel Márquez, José Andrés Oteyza, José Puche, Enrique Rioja Lo-Bianco, etc.. Podemos destacar además la presencia de José Cuatrecasas, José Royo y Gómez y Antonio Trías, residentes en Colombia; Pedro Domingo en Cuba; Bernardo Giner de los Ríos y Juan Gómez Menor en la República Dominicana; Rafael Lorente de No y José F. Nonidez, en Estados Unidos; Arturo Duperier y Pío del Río-Hortega en Inglaterra; Enrique Moles y Manuel Martínez Risco en Francia; Ángel Cabrera en Argentina; Miguel Prados Such en Canadá; August

⁹³ Jorge Quetzal Argueta Prado, *La revista Ciencia, 1940-1975. Contribuciones a la ciencia mexicana del siglo XX*, Morelia, México, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo y Academia Mexicana de Ciencias, 2010, pp. 103-106.

⁹⁴ Santos Casado, «Naturalistas en el exilio. ¿Nueva España en el Nuevo Mundo?», en *Los refugiados españoles y la cultura mexicana*, Residencia de Estudiantes/El Colegio de México, México, 1999, pp. 481-499.

⁹⁵ «Carta de Cándido Bolívar Pieltaín a Daniel Cosío, fechado en México el 15 de mayo de 1940». Archivo de El Colegio de México, Caja 3, exp. 12, «Bolívar Pieltaín, Cándido».

Pi i Sunyer, Amós Salvador y José Sánchez Covisa en Venezuela, así como numerosos profesionales latinoamericanos que quisieron apoyar con su presencia la obra científica de los exiliados españoles. Se ha insistido en esta dimensión de colaboración entre la ciencia española en el exilio, la latinoamericana, la europea y norteamericana en la idea inicial de la creación de la nueva revista.⁹⁶

Los objetivos de la nueva publicación aparecen definidos en la «Presentación» que de ella hacía su director Ignacio Bolívar, quien firmaba todavía como director del Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid en este pequeño editorial fechado el 15 de febrero de 1940:

La revista *Ciencia*, que hoy aparece en el estadio de la prensa científica, tiene por finalidad primordial difundir el conocimiento de las Ciencias físico-naturales y exactas y sus múltiples aplicaciones, por considerarlas como una de las principales bases de la cultura pública, para lo que procurará, por todos los medios a su alcance, aumentar el interés hacia su estudio en los países hispano-americanos.

De una manera general tratará de tener al lector al corriente de los progresos que aquéllas realicen en todos los órdenes, tanto en su aspecto puramente científico como en sus aplicaciones a la Medicina, a la Agricultura y a la Industria, y, en especial, dará a conocer los nuevos métodos que mejoren los usuales para la obtención de productos y puedan ser base de nuevas industrias o aplicaciones de utilización práctica e inmediata.

⁹⁶ Rafael Aleixandre, Juan A. Micó y Amparo Soler, «La contribución científica del exilio a través de la revista *Ciencia*» en Joseph Lluís Barona (Comp.), *Ciencia, salud pública y exilio (España 1875-1939)*, Valencia, Seminari d'Estudis sobre la Ciència, 2003, págs. 71-97. También comenta la actividad de los naturalistas en la revista *Ciencia* y en la *Sociedad Mexicana de Historia Natural*, Alberto Gomis, «Los naturalistas españoles exiliados en México», en Gerardo Sánchez Díaz y Porfirio García de León (coords.), *Los científicos del exilio español en México*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2001, págs. 167-200.

Contribuirá también a elevar el nivel de la cultura pública, en cuanto a lo relacionado con las Ciencias físico-naturales, exponiendo, en lenguaje para todos comprensible, el estado de los problemas de general interés que toda persona ilustrada debe conocer.

Los que cultivan estas Ciencias en alguna de sus ramas, han de encontrar en la revista un auxiliar inestimable, que les mantendrá al corriente de los adelantos diariamente registrados en ellas, pues es notorio que para realizar una investigación fecunda, resulta indispensable haber agotado el conocimiento de la bibliografía a ella referente, conocimiento bien difícil de obtener si no se dispone de una biblioteca al día lo que, desgraciadamente, ni aun en los mismos establecimientos oficiales suele lograrse, por faltar en ellos, con frecuencia, las publicaciones periódicas que resumen el movimiento científico que, siendo muy numerosas, requieren cuantiosos fondos para su consecución.

Es evidente que las Ciencias, hoy aún más que en tiempos pasados, no pueden progresar sin el concurso de cuantos a ellas se dedican. Como en la colmena, cada uno aporta el producto de su labor para contribuir a la obra común que dará por resultado la riqueza del conjunto.

En cuanto a su posible impacto en el mundo científico español, Francisco Giral comenta que del primer número de la revista se enviaron 500 ejemplares a España y se recibieron peticiones de suscripciones, pero las autoridades franquistas prohibieron inmediatamente su distribución, por lo que al intentar enviar el tercer número la Administración mexicana de correos les comunicó el oficio de su correspondiente en España que denegaba la entrega de ejemplares. El propio Giral interpretaba así esta circunstancia:

...el hecho de ver reunidos tantos nombres de la ciencia española exiliada trabajando y publicando desde México en colaboración con una selecta y numerosa lista de científicos hispanoamericanos parece que fue resentido por las autoridades tiránicas franquistas como una agresión peor que los ataques militares.⁹⁷

En los primeros momentos Ignacio Bolívar solicitó ayuda a Indalecio Prieto para que la JARE ayudase al despegue de la nueva revista *Ciencia*, que servía de unión a los propios científicos españoles en el exilio y sus colegas en América Latina, para demostrar al mundo que la ciencia española no había desaparecido ni se había sometido al designio de los dictadores –en palabras de Bolívar–, quien continuaba en un claro discurso:

...la verdadera España debería hoy hacer la labor que el gobierno franquista es incapaz de continuar, y aprovechar las circunstancias actuales y la dispersión sobre muchos países americanos de científicos españoles para procurar difundir cuanto sea posible la Ciencia española, pero no a través de un presuntuoso y estúpido «Consejo de la Hispanidad» último engendro del fascismo, pretendiendo imponer desde la Península la ciencia y la cultura españolas, sino desde América que nos ha acogido tan notablemente, trabajando en sus cátedras y laboratorios, tomando parte en sus investigaciones, en la exploración de su maravilloso suelo, y publicando una revista de colaboración entre todos, que está llamada a ser una de las creaciones de mayor importancia de las realizadas por los españoles venidos a América en estos tiempos, y a perdurar y dar excelentes frutos.⁹⁸

⁹⁷ Francisco Giral, *Ciencia española en el exilio (1939-1989). El exilio de los científicos españoles*, Barcelona, Anthropos, p. 42.

⁹⁸ Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (AMAE), Expediente de Ignacio Bolívar, caja M-30. Citado en Luis Alfredo Baratas Díaz, «El fomento de la actividad

Parece que la ayuda se mantuvo hasta 1944 y que no fue exclusiva, ya que la JARE también ayudó a otras publicaciones como la del Ateneo Ramón y Cajal, que agrupaba a los médicos exiliados en México.⁹⁹ En la fundación de la nueva revista científica del exilio español hay que destacar la fuerte personalidad de su principal promotor, Ignacio Bolívar Urrutia. Las palabras de sus colaboradores en la revista *Ciencia*, Isaac Costero, Francisco Giral y Enrique Rioja, en el número 9, con motivo del cumpleaños del maestro, resumen brevemente el perfil personal del fundador de la revista:

El día 9 de noviembre cumple noventa años nuestro Director, don Ignacio Bolívar Urrutia. Sus amigos los científicos e investigadores americanos, sus compañeros y discípulos que antes trabajaron en España y ahora mantienen vivo en América el progreso de las Ciencias Naturales, hubieran deseado con entusiasmo hacer de ese aniversario un motivo de respetuoso homenaje para el sabio entomólogo español, a cuyo nombre se asocian desde hace seis décadas, los mejores avances realizados por los estudios científico-naturales en España.

Pero con su ejemplar y reconocida modestia, don Ignacio Bolívar aconsejó que no se llevara a cabo ese homenaje, (...)

La triste situación del mundo en guerra ha quebrado la bella continuidad del progreso científico y la cordialidad entre las naciones. Muchos de los científicos e investigadores más distinguidos

científico técnica por las instituciones de la República en el exilio», en Gerardo Sánchez Díaz y Porfirio García de León (coords.), *Los científicos del exilio español en México*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2001, págs. 81-123.

⁹⁹ José Luis Barona y María Fernanda Mancebo, *José Puche Álvarez (1896-1979). Historia de un compromiso. Estudio biográfico y científico de un republicano español*, Valencia, Generalitat Valenciana, 1989; Luis Alfredo Baratas Díaz, «Los científicos y las organizaciones de ayuda a los refugiados», en *Los refugiados españoles y la cultura mexicana*, Residencia de Estudiantes/El Colegio de México, México, 1999, pp. 193-205.

viven hoy fuera de su país, alejados de sus centros de trabajo, de los seminarios y laboratorios donde dejaron lo mejor de su vida. Otros han visto truncada su labor creadora por motivos ajenos a toda consideración científica, y en el mejor de los casos, están incomunicados de sus colegas del mundo entero.

Para todos ellos y para cuantos creemos con firmeza en el definitivo triunfo de la cultura, la figura de don Ignacio Bolívar aparece como un símbolo vivo del investigador que frente a la adversidad y a todo género de amarguras, y luchando con la edad, ha sabido mantener su prestigio científico, su dignidad intachable y su limpia e indiscutible conducta; como un signo, también, de que a pesar de las desgracias sufridas, la mayor parte de la escuela naturalista española, creada por el maestro don Ignacio Bolívar, se ha salvado de la destrucción y mantiene con toda fe sus actividades, incorporadas, para bien de todos, a la vida científica hispanoamericana.¹⁰⁰

Todavía en estos años se perseguía políticamente a Ignacio Bolívar en España, en un empeño que ya resultaba ridículo. En 1940 el juez instructor depurador del personal docente de la Universidad de Madrid, un cargo ciertamente sorprendente y más teniendo en cuenta que era un médico, daba fe de un documento en el que constaba que cuando fue asesinado el botánico Miguel Martínez Martínez, socio fundador del partido derechista *Renovación Española*, al ser sacado de su laboratorio del Jardín Botánico, se hizo con la «complicidad» de Ignacio Bolívar, José Giral, Cándido Bolívar y José Cuatrecasas, catedráticos de la Universidad Central. Esto dio lugar a la apertura de un expediente en el Juzgado Provincial de Responsabilidades Políticas en 1942, que

¹⁰⁰ *Ciencia*, vol. I, núm. 9, 1940, pág. 385. Poco antes Enrique Rioja le había rendido un pequeño homenaje en otra revista del exilio: «Homenaje a los Profs. Bolívar y Carrasco», *España Peregrina*, Año Primero, 6, julio de 1940, p. 278.

tras verificar su marcha a México, su falta de propiedades en España y su no pertenencia a la masonería, finalmente dictaminó en 1945 el sobreseimiento de la causa por falta de pruebas concretas, cuando el sabio ya había fallecido, como recoge un pequeño recorte de periódico pegado a la primera página del expediente con una noticia emitida por la agencia EFE.¹⁰¹ Curiosamente el mismo recorte que encontramos en el archivo de la Real Academia Española.¹⁰² En las Actas de esta institución encontramos el día 5 de junio de 1941:

Quedó enterada la Academia de un oficio de la Dirección General de Bellas Artes, de fecha 10 de mayo último, en el que se comunica de Orden del Sr. Ministro de Educación Nacional que se consideren como dados de baja como miembros de esta Corporación a los señores D. Ignacio Bolívar, D. Niceto Alcalá Zamora, D. Tomás Navarro Tomás, D. Enrique Díez Canedo, D. Salvador de Madariaga y D. Blas Cabrera.

Sabemos que la Academia no cumplió con esta orden al menos en todos sus extremos, como el obligatorio de la provisión de su vacante, puesto que en el acta del 23 de noviembre de 1944 encontramos que se daba cuenta del fallecimiento de Ignacio Bolívar «individuo que fue de esta Corporación, se acordó por unanimidad que constase en acta el sentimiento de los Sres. Académicos y que se anuncie en su día la vacante para su provisión».

Otro de los grandes biólogos que aparecerá en las primeras páginas de la revista española en el exilio es Odón de Buen, que firmaba como catedrático jubilado de Biología general en la Universidad de Madrid y

¹⁰¹ Centro Documental de la Memoria Histórica, Salamanca, Responsabilidades Políticas, 42-2691.

¹⁰² Archivo de la RAE, leg. 31, exp. 4.

ex director del Instituto Español de Oceanografía, y que poco después fallecía en México dejando una impresionante obra científica, cuya continuidad quedó en manos de su antiguo colaborador José Giral y sobre todo en las de sus hijos Rafael y Fernando de Buen.¹⁰³

En estos primeros años de la revista *Ciencia* las noticias insistieron en la recreación de laboratorios e instituciones por los profesores y científicos españoles, especialmente en México. *Ciencia* informaba, en los números de 1940 y 1941, de la inauguración de los nuevos laboratorios para investigaciones científicas en la Escuela de Medicina, costeados por El Colegio de México y la Institución Rockefeller –representados en la inauguración por Alfonso Reyes y George C. Payne respectivamente–, que constarían de tres secciones. La de Neurología encargada a Gonzalo R. Lafora, la de Histopatología y Cultivo de Tejidos a Isaac Costero, y la de Fisiología a los doctores Rosendo Carrasco Formiguera y Jaime Pi i Sunyer, siendo todos ellos dirigidos por Ignacio González Guzmán. También se hacía eco del nombramiento como profesores en la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas del Instituto Politécnico Nacional de varios exiliados españoles entre los que se encontraban Pedro Armillas y Juan Comas Camps, en el Departamento de Antropología, Cándido Bolívar Pieltaín, Bibiano F. Osorio Tafall, Enriqueta Ortega Feliú, Adela Barnés y Francisco Giral en el Departamento de Biología. Se informaba también de la inauguración del Instituto de Química que El Colegio de México ofrecía a la Escuela de Ciencias Químicas de la

¹⁰³ La necrología, firmada por Cándido Bolívar, aparece en *Ciencia*, vol. VI, núm. 7-9, págs. 310-312. Asimismo se recoge la noticia del homenaje póstumo de la Unión de Profesores Universitarios Españoles y el Ateneo Ramón y Cajal en el mismo número, pág. 275. Sobre Odón de Buen véase: Odón de Buen, *Mis memorias (Zuera, 1863-Toulouse, 1939)*, Zaragoza, Institución «Fernando El Católico», 2003; Alberto Gomis, «Odón de Buen: cuarenta y cinco años de compromiso con la Universidad», *Asclepio*, vol. LXIII, n° 2, 2011, pp. 405-430; Agustí Nieto-Galan, «A Republican Natural History in Spain around 1900: Odón de Buen (1863-1945) and His Audiences», *Historical Studies in the Natural Sciences*, vol. 42, n° 3, 2012, pp. 159-189.

Universidad Nacional, que sería dirigido por Antonio Madinaveitia, antiguo catedrático de Química Orgánica de la Universidad de Madrid. La presencia de los científicos españoles del exilio quedaba reflejada al dar a conocer los laboratorios de la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas del IPN, entre los que se encontraban uno de Botánica dirigido por Enriqueta Ortega, el de Entomología general y médica, por Cándido Bolívar, Fisiología general y vegetal, Manuel Castañeda Agulló, Parasitología, Dionisio Peláez y Zoología y Anatomía comparada, Federico Bonet Marco. Asimismo, en el Instituto de Biología de la Universidad Nacional encontramos a Faustino Miranda al frente del laboratorio de Criptogamia y a Enrique Rioja en el de Hidrobiología. En 1946 se informaba del traslado del Dr. Rafael Méndez, antiguo catedrático de Farmacología en Cádiz, desde la Universidad de Harvard al Instituto Nacional de Cardiología de México, que además en esos días y gracias a los donativos del industrial español Manuel Suárez y de la Fundación Rockefeller abría un nuevo Laboratorio de Fisiología y Farmacología.

Desde un punto de vista más político, encontramos también información referente a otras actividades de estos intelectuales, como la reunión en Cuba en 1943 de la Unión de Profesores Universitarios Españoles en el Extranjero, bajo la Presidencia de Gustavo Pittaluga.¹⁰⁴ *Ciencia* informó del desarrollo de esta reunión que finalizó con la conocida «Declaración de La Habana», el tres de octubre de 1943, realizada bajo la presidencia de honor de Rodolfo Méndez Peñate, rector de la Universidad de La Habana, e Ignacio Bolívar Urrutia, como presidente de la Sección de México de la Unión de Profesores

¹⁰⁴ Tras crearse en París la Unión de Profesores Universitarios Españoles en el Extranjero, en México se fundó una sección de la misma. Años más tarde, después de celebrarse la Primera Reunión de Profesores Españoles Emigrados en La Habana, se acordó trasladar su sede a México. *Libro de la Primera Reunión de Profesores Universitarios Españoles Emigrados*, La Habana, Talleres Tipográficos «La Mercantil», 1944.

Universitarios Españoles, grupo que ya había lanzado en agosto de ese año su *Boletín* recogiendo el mensaje de su presidente, el propio Ignacio Bolívar:

Los universitarios españoles que hemos soportado, como simples ciudadanos, las amarguras de la emigración, comunes a todos los compatriotas desterrados, hemos sufrido, además, el inmenso dolor de abandonar nuestros centros y nuestros medios de trabajo, en la mayoría de los casos sin la esperanza de recuperarlos jamás. La destrucción accidental o la destrucción premeditada, el rencor, las más bajas pasiones de venganza y hasta la incompetencia y la estupidez, han acabado con una buena parte de nuestros centros universitarios españoles, y con la casi totalidad de nuestras bibliotecas particulares.¹⁰⁵

Bolívar no pudo asistir al Congreso en Cuba por el mal estado de su salud, pero sus palabras resonaron en La Habana en el discurso pronunciado por José Giral, todavía con la esperanza del final del régimen franquista:

Al agruparnos todos los universitarios españoles desterrados, no hemos pretendido reforzar ni unificar nuestro trabajo con espíritu mezquino de casta ni de raza. Cada uno de nosotros se ha acoplado mejor que otros, en su sector correspondiente, y ha procurado dirigir su trabajo de tal forma que pueda incorporarse a la vida del país que lo acogió. Por ello, sabemos todos cuán

¹⁰⁵ *Boletín Informativo de la Unión de Profesores Universitarios Españoles en el Extranjero (Sección de México)*, n° 1, agosto de 1943. Véase José M. Cobos Bueno, Antonio Pulgarín Guerrero y Cristina Carapeto Sierra, «El *Boletín Informativo* de la Unión de Profesores Españoles Universitarios en el Extranjero», *Llull*, vol. 27, 2004, pp. 27-60.

dolorosa va a sernos una futura separación de los países en los que rehicimos una labor que creíamos definitivamente perdida, y al rehacerla, nos hemos fundido de tal manera con la vida de los países que habitamos ahora, que no podemos jamás dejar de sentir sus problemas, de gozar sus triunfos y de llorar sus penas. A pesar de ello, en todos nosotros alienta una profunda y común esperanza: el retorno a la patria y su rehabilitación moral ante el mundo, anhelo que a una emoción sentimental por todos compartida, añade el deseo unánime de que se haga justicia al pueblo español.¹⁰⁶

Entre los destacados asistentes figuraron José Giral, Mariano Ruiz Funes, Joaquín Xirau, Pedro Bosch Gimpera, Manuel Pedrosa, José de Benito, Francisco Giral y Cándido Bolívar por México, Demófilo de Buen, por Panamá, Luis de Zulueta y Antonio Trías por Colombia, Fernando de los Ríos y Alfredo Mendizábal por Estados Unidos, August Pi i Sunyer por Venezuela y María Zambrano, Gustavo Pittaluga, Félix Montiel y Paulino Suárez por Cuba.¹⁰⁷

Como ya adelantamos, Ignacio Bolívar falleció en México el 19 de noviembre de 1944. Uno de los primeros en dar el pésame a la familia y velar por sus intereses fue Alfonso Reyes, que siempre fue firme en su compromiso para que el sabio naturalista se mantuviera vinculado primero a La Casa de España y luego a El Colegio de México.¹⁰⁸ Como ha

¹⁰⁶ Ibid., p. 61.

¹⁰⁷ Consuelo Naranjo Orovio, *Cuba, otro escenario de lucha. La Guerra Civil y el exilio republicano español*. Madrid. CSIC, 1988, págs. 178-182; Concepción Ruiz-Funes, «La Unión de Profesores Universitarios Españoles en el exilio. Motivos y razones», en *Los refugiados españoles y la cultura mexicana*, Residencia de Estudiantes/El Colegio de México, México, 1999, pp. 435-449.

¹⁰⁸ «Carta de Alfonso Reyes a Cándido Bolívar, fechada en Ciudad de México el 21 de noviembre de 1944» y «Carta de Alfonso Reyes a María Bolívar, fechada en México D.F. el 22 de noviembre de 1944», Archivo de El Colegio de México, Caja 3, exp. 11, «Bolívar, Ignacio». Dos días más tarde llegaba la carta de pésame de su gran amigo José Cuatrecasas a Cándido Bolívar, fechada en Cali el 23 de noviembre de 1944,

recordado recientemente su nieto Antonio Bolívar en una conferencia pronunciada en esta Academia Mexicana de Ciencias con motivo de los 75 años de la revista *Ciencia*, ahora convertida en una revista de alta divulgación de la propia institución,¹⁰⁹ su cuerpo fue velado en Bellas Artes, en una ceremonia presidida por Jaime Torres Bodet, secretario de Educación Pública, Alfonso Caso, rector de la Universidad Nacional, e Ignacio González Guzmán, director de la Escuela Nacional de Medicina. Manuel Márquez en dicha ocasión afirmó que «Don Ignacio Bolívar, después de la muerte de don Santiago Ramón y Cajal, quedó como nuestra primera figura científica indiscutible.»

El segundo director de la revista *Ciencia*, el físico Blas Cabrera, daba a conocer el fallecimiento de Ignacio Bolívar y explicaba las razones de la fundación de este medio de expresión de la ciencia española en el exilio:

Rememorando los días ya lejanos en que prestó todo el fuego de su entusiasmo y actividad a la fundación de los *Anales de la Sociedad Española de Historia Natural*, consideró que debía llenar la última época de su vida, correspondiendo al afecto con que había sido recibido en esta Nueva España, levantando el prestigio de los españoles todos: lo mismo los que llegaban de Europa que los que habían creado los jóvenes pueblos americanos, dando vida a un nuevo órgano de publicidad para su obra científica que todos pudieran considerar como propio y el mundo entero mirase con respeto y acogiese con interés creciente. A pesar de los achaques

y una semana más tarde Cándido daba las gracias al botánico y le recordaba un anhelo frustrado de su padre por no haber podido ir a Colombia: «Solo un amargura tenía en ello. No haberle podido seguir por el Putumayo o por las altas montañas andinas!». ARJB, Fondo José Cuatrecasas. Correspondencia científica, caja 4, exp. Div. XV, 2, 1, 14.

¹⁰⁹ Antonio Bolívar Goyanes, *En el 75 aniversario de la revista Ciencia*, Academia Mexicana de Ciencias, 2015.

que había acumulado su larga vida de trabajo, el entusiasmo sostuvo su actividad, dándole las fuerzas necesarias para comunicar a los hombres más jóvenes que se agrupaban a su vera, buscando la inspiración y el calor recibido con el fecundo influjo de su actividad intelectual, que conservó siempre, su vigor constructivo.¹¹⁰

En la propia revista *Ciencia* y en el mismo número, Enrique Rioja, como uno de sus discípulos predilectos, le dedicaba un artículo biográfico muy elogioso en el que señalaba su dolor profundo por la pérdida del maestro de una generación entera de naturalistas, siempre estimulante para sus discípulos y cordial en su trato, elegante en su sencillez y dinámico en su actividad hasta el momento de su muerte. En este sentido, solo recordaré que todavía en junio de 1941, este sabio que dudaba de su «chifladura», proponía a José Cuatrecasas pensar en una asociación científica iberoamericana de organización «dispersa», platónica, abierta a los aficionados y a todos aquellos que quisieran mejorar la enseñanza y el progreso de las ciencias naturales.¹¹¹

Volviendo a las palabras de Enrique Rioja fueron vehementes y firmes respecto a México:

Uno de los lazos que unirán siempre a México con España es que en este hermoso país de América, tierra de libertad, reposan los restos del que fue el alma del resurgir científico español. Hombre tan ejemplar y de vida tan austera recibió a través del mar los ecos de la ingratitud y la injusticia, con la ecuanimidad y entereza de su gran espíritu (...)

¹¹⁰ Blas Cabrera, «Don Ignacio Bolívar y Urrutia», *Ciencia*, vol VI, núm. 1, 1945, p. 1.

¹¹¹ «Carta de Ignacio Bolívar a José Cuatrecasas, fechada en México el 15 de junio de 1941», ARJB, Fondo José Cuatrecasas. Correspondencia científica, caja 4, exp. Div. XV, 2, 1, 14.

Don Ignacio Bolívar es el símbolo de una época gloriosa de la Ciencia española, que destrozaron los que hoy le elogian y que no hace mucho perseguían su recuerdo.¹¹²

Poco después aparecía en la misma revista un homenaje póstumo firmado por Arthur C. Baker, Ignacio González Guzmán y Manuel Márquez. Este último destacó la figura de su paisano como presidente de la JAE, de la Unión de Profesores Universitarios Españoles en el Exilio, presidente de honor del Ateneo Ramón y Cajal en México, miembro de honor de La Casa de España y doctor *honoris causa* de la Universidad Nacional de México, con méritos extraordinarios en el ámbito científico e institucional. Baker, un entomólogo norteamericano, soñaba con el recuerdo permanente del sabio Bolívar como un espíritu velador del trabajo científico y protector de los investigadores, y el director de la Escuela de Medicina, Ignacio González Guzmán, manifestaba su admiración por este hombre que había llegado a México como la figura temblorosa de una gloria científica, un anciano de ojos tristes que llegaba a morir con dignidad en tierra mexicana,¹¹³ pero que sin duda dejaba una huella inborrable en la historia de España y México.

¹¹² Enrique Rioja Lo-Bianco, «Don Ignacio Bolívar y Urrutia (9 de Noviembre de 1850-19 de Noviembre de 1944)», *Ciencia*, vol VI, núm. 1, 1945, pp. 2-8.

¹¹³ «*In Memoriam* Don Ignacio Bolívar y Urrutia», *Ciencia*, vol VI, núm. 3, 1945, pp. 97-100.

AGRADECIMIENTOS

Han tenido la paciencia y la bondad de revisar el manuscrito de esta conferencia mis amigos editores Antonio Bolívar, nieto además de mi personaje, y Pedro M. Sánchez Moreno, siempre pendiente de mis trabajos y caprichos editoriales. También han colaborado a la revisión mis colegas y amigos Juan Gil y Consuelo Varela, Clara Lida, Loles González-Ripoll, Carmen Ortiz, Paco Pelayo, Alberto Gomis, Armando García, Teresa Cortés y mi querida Chelo, mi lectora favorita. Asimismo me han ayudado en la búsqueda documental otros colegas y amigos como Graciela Zamudio de la UNAM, Marcos Sarmiento de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria y Chema López Sánchez, profesor de la UCM. Han apoyado con su ayuda profesional mi amigas Teresa Engenios de la Subdirección General de los Archivos de España y Carmen Sierra, directora del Archivo Histórico Nacional, así como Silvia Giorguli, presidenta del COLMEX y M^a del Rayo González del archivo del COLMEX, Jesús Espinosa director y José Luis Hernández archivero del Archivo de Memoria Histórica de Salamanca, Covadonga de Quintana del archivo de la RAE, Manuel Parejo del Archivo del Museo Nacional de Ciencias Naturales, Alfredo Valverde del Centro Documental de la Residencia de Estudiantes y Esther García Guillén del Real Jardín Botánico. También quiero agradecer a la familia Bolívar Goyanes las fotografías de Ignacio Bolívar que acompañan al discurso. Por último quiero expresar mi agradecimiento y cariño por su apoyo constante a Carmen, mi madre, mis hermanos, mis hijos Rocío, Inés y Gonzalo, y a mi nieta Lara por su sonrisa.

A handwritten signature in black ink, reading "J. Puig Samper", with a long horizontal stroke extending to the right.

Se terminó de imprimir
el 3 de agosto
de 2016

Ejemplar n° _____

de la edición limitada de 100 ejemplares, numerados del 1 al 100.
Forman parte de esta edición otros 50 ejemplares,
en números romanos, destinados a la Academia
Mexicana de Ciencias (del 1 al 15), a la familia
Bolívar Goyanes (del 16 al 30), a la familia
Puig-Samper Mulero-Naranjo Orovio
(del 31 al 45) y al editor
(del 46 al 50).



MIGUEL ÁNGEL PUIG-SAMPER MULERO

Instituto de Historia del CSIC.

Departamento de Historia de la Ciencia. miguelangel.puig@cchs.csic.es

Doctor en Ciencias Biológicas por la Universidad Complutense. Profesor de Investigación del CSIC. Historiador de la Ciencia. Exdirector del Departamento de Publicaciones del CSIC (2005-2013). De 1988 a 1991 fue Jefe del Departamento de Historia del Real Jardín Botánico. Más tarde ocupó el puesto de Vicedirector del Instituto de Historia (CSIC). Miembro correspondiente de la Academia Colombiana de Historia y de la Academia Mexicana de Ciencias. Ha sido director de la revista *Arbor* del CSIC, redactor jefe de los *Anales del Jardín Botánico* y es Secretario de Redacción de *Asclepio*. Miembro del Comité Asesor de la revista *Humboldt im Netz*, que edita la Academia de Ciencias de Berlín-Brandenburg y la Universidad de Potsdam, así como de *Revista de Indias*. Miembro de la Society of History of Natural History, de la European Society for the History of Science, de la Asociación de Americanistas Europeos, de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias, de la Asociación de Historiadores de las Ciencias y las Humanidades de México y de la Sociedad Geográfica Española. Ha colaborado como docente en los cursos *España y el Mundo Atlántico*, University at Buffalo (The State University of New York) /Instituto de Historia (CSIC), 2012-2014, y en 2013-2016 con el Máster de la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla *Historia de América. Mundos Indígenas*.

